

Fernandez Ardavin, Luis
Dona Diabla: drama en tres actos

LA COMEDIA

DOÑA DIABLA

DRAMA EN TRES ACTOS, EN PROSA,

ORIGINAL DE

Luis Fernández Ardavín.



IMPRENTA DE LEONCIO RUBIO

Aguas, II, Dupdo. Madrid.

LA COMEDIA

DOÑA DIABLA

DRAMA EN TRES ACTOS, EN PROSA, ORIGINAL DE

Luis Fernández Ardavín

PERSONAJES

DOÑA ANGELITA.—CANDIDA.—LAURA.—CLOTILDE.
—ADRIAN.—CARLOS

ACTO PRIMERO

Salón de recibir, en casa rica y de abigarrada elegancia. Muebles de estilo, en confusión con otros de la más acentuada y atrevida modernidad. Puertas laterales y al foro. Una pianola. Un diván. Un *bureau* femenino con numerosas fotografías de mujer. Una caja con cigarrillos egipcios. Un *paravent*. El teléfono sobre una mesita. Un balcón, que da a la calle, velado con finísimo estor. Delante de él, un pie que sostiene una jaula. En ésta, un maravilloso papagayo. Es media tarde.

ADRIAN.—¿No vendrá?

ANG.—Vendrá. No se impaciente. Le aburre mi charla?

ADRIAN.—Me cautiva, como a todos. ¡El talento de Doña Diabla goza de justo renombre! (*Ofreciéndola su pitillera.*) ¿Un cigarrillo?

ANG.—Ya no.

ADRIAN.—¿Se retiró usted?

ANG.—Me retiraron los años. Y lo siento. En mis tiempos no se fumaba tan buen tabaco como ahora.

ADRIAN.—Pero el opio ya se conocía.

ANG.—Poco. Los paraísos artificiales empezaban a trasponer la frontera, más literaria que realmente. ¡Aquel sinvergonzón de Baudelaire!... Le conocí en París, en sus postrimerías, siendo una niña. ¡Guapo y galante mozo debió ser!

ADRIAN.—Hoy no llamaría la atención. Tampoco Oscar Wilde se haría notar. El efebismo impera. ¡Volvemos a lo clásico! Yo, hasta ahora, estoy, gracias a Dios, libre de ese snobismo. Pero

esta tarde necesitaré un poco de cocó. Los nervios no me tienen. *(Bajando la voz)*. Supongo que no se habrán agotado sus reservas.

ANG.—Para usted, nunca. No a todo el mundo pueden darse estas pruebas de confianza.

ADRIAN.—¡Gracias, Doña Diabla! Verdaderamente es usted adorable, señora baronesa de Monalba.

ANG.—Montalbe Mi marido era francés. Muy republicano, a pesar del título. Intimo de Gambetta. Renegó de su baronía y no la usó. Pero a su muerte, yo me encargué de rehabilitarla. También soy noble por mi casa. Aunque el título recayó en mi hermano. Un marquezado. Pordóneme. Sin querer he empezado a hablar de mí. Comprendo que le aburro.

ADRIAN.—De ningún modo. ¿Dice usted que su marido?

ANG.—¡Sí¡ ¡Un seductor abominable! Combatió por la República, por el bienestar humano...... ¡Por la libertad! Pero en casa...... ¡Completamente del primer imperio! Vino a España en busca de una rica heredera Me enamoró. Nos casamos. Me jugó la fortuna. Me abandonó. Trató de comerciar conmigo ....Una noche, estando sentado en el Casino, se quedo muerto. Me lo trajeron a casa... No quise verle, pero cumplí como cristiana: clero alzado, funerales en San Francisco, sepultura perpetua... ¡Muy separadita de la mía eso sí! ..En fin; todo lo que se merecía. Y ya, sufragando yo los gastos como Dios quería. Dios no quiso que fuera de un modo muy decente........¡Pero el nombre de mi esposo quedó siempre a cubierto de habladurías! Bien puede decirlo el señor rectoral de los Capuchinos, confesor, entonces, en el San Telmo, de Sevilla, quien—confesado el pecado mayor—jamás tuvo que reprocharme nada en lo aparente. Bonita, claro está, hasta dejarlo de sobra, que fuí la sal de mi tierra. Pero moderada en el vestir. atenta a mis deberes religiosos y tratándome con todo lo mejor de la aristocracia y del comercio. ¡Y todos mis parientes, los Somovilla y los Gancedo y los Torrente—vizconde el que menos-, orgullosos de mí y deseando tenerme en sus tertulias! ¡Ay, aquel tiempo!

ADRIAN.—Creo, sin embargo, que usted no lo ha perdido.

ANG.—Poca cosa, amigo mío. Lo suficiente para asegurar mi vejez y dejar, a mi muerte, unas cuantas mandas religiosas que

ya tengo ofrecidas. ¡En sufragio de mi alma, Adrianito, que bien lo necesito!

ADRIAN.—Ya rezaremos por usted los que la conocimos.

ANG.—No diga atrocidades. ¡Rezar por mí!

ADRIAN.—¿No hay quien le pone una vela al diablo? ¡Pues se la pondremos a Doña Diabla también! Y, a propósito, ¿quién fué el primero en llamarla así?

ANG.—Imposible acordarme. Viene de niña. Primero me llamaban el diablejo; luego, la diablilla; la diabla, después; ahora, Doña Diabla, y ¿quién sabe si en la bruja Diabla acabaré? Por lo demás, mi nombre de pila es Angelita. Resulta paradójico, ¿verdad? Y así me conocen en la sociedad: por Angelita Grande; hija de don Celestino Grande, alto palatino que siempre reconoció mis dotes. Laura misma, y toda su familia, doña Angelita me llaman y no consigo que me apeen el tratamiento. Por cierto que me va inquietando el retraso de esa criatura. Si no fuera peligroso llamaría por teléfono. Pero a lo mejor está el marido y enredamos las cosas. ¡Fuertecita le ha entrado a usted la fiebre del pecado! ¡Y ya es difícil, porque hombre más mariposón nunca le ví!...¡Y cuidado que le llevo conocidos algunos!

ADRIAN.—Hastío. Otra enfermedad de moda.

ANG.—Muy extendida también.

ADRIAN.—Si usted supiera lo que daría yo por volver a experimentar las primeras sensaciones de una manera rudimentaria! Oh, el placer de dormir profundamente, toda una noche, sin pesadilla ni insomnios! Oh, el goce de apetecer algo con hambre, con verdadera hambre de gula: unos callos, una tortilla! . . . ¿qué sé yo? A fuerza de veronal duermo, malamente, cinco horas...Sólo con aperitivos extravagantes consigo dar fin a un menú tan frívolo y tan insustancial como mi propia juventud.

ANG.—No se queje. Otros hay peores.

ADRIAN.—Y en el manicomio o en el sanatorio. Es lo único que me asusta: la idiotez, la locura, la agonía lenta. La muerte, no. La muerte es el gran templo de todos los paraísos artificiales.

ANG.—¡Bah, bah, Adrianito! ¡No hablé así de lo más respetable!

ADRIAN—.No es posible que usted ignore lo que es la Metapsiquia, ni que dude de la verdad de sus descubrimientos. Vivimos

más allí que aquí; créalo usted. ¡Y sin el peso odioso de esta materia que hoy nos esclaviza más que nunca!

ANG.—¡Sí, sí! ¡Abomine de ella! Pero, entre tanto ¡seamos sensuales! ¿Verdad? ¡Amemos la materia sobre todas las cosas!

ADRIAN —No sé que exista posibilidad de eludirla. (*Pausa*)

ANG.—(*Como escuchando a alguien que se acerca.*) Debe ser Laura. No espero a nadie más. (*Entra Laura.*) LAURA.—(*Apareciendo en la puerta.*) En efecto, soy yo. (*A Adrián*) ¡Hola! (*A doña Angelita*) ¡Qué susto, doña Angelita! ¡Me seguían! Y luego resultó ser alguien que debe conocerla.

ANG.—¿Te dijo algo?

LAURA.—«¡Si va usted al infierno, nos condenaremos juntos!»

ANG.—Pero eso es desacreditar mi casa. (*Laura habla Precipitadamente, un poco nerviosa y exitada. Se despoja de las pieles, se quita el sombrero, va y viene como aturdida.*)

LAURA.—¡No se vive tranquila! *Acercándose a Adrián, que reclinado indolentemente en el diván, la contempla sin moverse, desde que entró*)

A todo esto, ¿cómo te va?

ADRIAN.—Resucitando. Gracias a tí.

ANG —Vienes sofocada. ¿No hay coches? ¿No hay taxis, para ponerte a salvo de seguimientos peligrosos?

LAURA.—Todos ocupados. Y hoy, más que nunca, quería llegar pronto. En casa sospechan.

ADRIAN.—¿En plural?

LAURA.—En plural. Pepe, mi marido. Si no sospecha empieza a fijarse en mí. Con todo, no es él quien más miedo y más vergüenza me da Carlos .....

ANG.—¿Tu hijo?

LAURA.—Sí. Me mira con una insistencia desacostumbrada. No me besa nunca. A lo mejor me pregunta, de improviso: ?Mamá, dónde estuviste ayer?, o Fulana dice que hace tiempo que no te ha visto. ¿No fuiste por allí el otro día?

ANG.—Es raro.... ¿Cómo puede?

LAURA —No sé. Lo cierto es que no quiero vivir así, Adrian. Es un tormento espantoso. Porque yo no había sido indigna hasta que te conocí...Mejor dicho: hasta que conocí a doña Angelita

ANG.—¿A mí?

LAURA.—Sí, a usted. No la acuso. Si yo no hubiera querido

caer, no hubiera caído. Pero usted se dió maña para que yo resbalase como si estuviera realizando una acción natural, casi como si usted tratara de impedirlo.
ANG.—Entonces...¿soy monstruosa?
ADRIAN.—Inteligente, que es peor.
LAURA.—De no haberlo sido, ¿cómo babría usted logrado cambiarme de este modo? Yo no era de esa naturaleza liviana ni resbaladiza. Mi vida de hogar, en la que me hallaba muy a gusto; mis aficiones, honestas y hasta un poco prosaicas.... De imaginación, ¡no hablemos! Creo que en mi vida no he leído tres novelas .. Nada en fin, de lo que se supone un terreno abonado para la culpa:
ANG.—Los terrenos se abonan, hija.
LAURA.—Que es lo que usted hizo. Pero ¡con qué habilidad! ¡Con qué tacto y sencillez!
ADRIAN.—Confesémoslo, Angelita. Aunque mi fama de conquistador padezca; este triunfo es de usted completamente.
LAURA.—"Escarmiéntale—me decía usted—.' Pero ¿cómo?—le preguntaba yo—. Es tremendo. Creo que no teme ni a que se lo diga a Pepe.
ADRIAN.—Ese alto concepto de mi valor te honra.
LAURA.—"Cambiando el sistema—respondía usted—. Que no crea que te indigna o le temes Sin comprometerte nunca. ¿Qué mal hay en ello, siendo tú decente? Cuando hable contigo, cuando se convenza de que eres una buena mujer de tu casa, arregladita, honesta y hasta un poquito vulgar, se aburrirá, falto de interés, y él solo te dará la contestación. Los hombres dicen que las mujeres, como la fruta, tienen un punto justo de madurez cuando ellos las cortejan, en el caen indifectiblemente. Pero se ha de elegir bien el momento. Adelantarse un día, es fracasar retrasarse otro, fracasar también Que él crea que el momento tuyo ha pasado y te dejará espontaneamente.
ANG.—Y pudo ser cierto.
ADRIAN.—Ya sabía usted que no.
ANG.—Me adjudicáis mas malicia de la que poseo.
LAURA.—Luego empezó su labor. Ir a buscarme para compras. El encuentro casual. El "ven mañana a casa". "¿Y si va él?" ¿Qué importa? Una taza de té, un rollo de música no comprome-

ten a nada.» Y yo vine y volví, y sin comprometerme a nada, entre una vanalidad y un fox de pianola, me comprometí tan gravemente, que hoy no me dejan alentar la conciencia y el horror de mi culpa. Pero ya había llegado a todo, y por usted, gracias a su afabilidad y simpatía, todavía no me daba exacta cuenta del alcance de mi culpa.

ADRIAN.—¡Vienes tremenda, niña! Mucho folletín y ni siquiera una mirada perdida.

LAURA.—No hables en ese tono ligero, que sabes que me enoja, Adrian. Si entre tú y ella me has logrado, no tienes derecho a confundirme con una cualquiera. Hasta en la caída hay quien merece respeto.

ANG.—Dices bien. Y Adrianito ya lo sabe. Te hace rabiar. Un poco le falta todavía el habito de tratar con damas honorables. Discúlpale. En cuanto a mí, me favoreces mucho atribuyéndome un arte que no me envanecería poseer. Sí, hijita mía, te engañas. Tú solita fuiste, como solitas van todas, a tu perdición. Yo trataba a los tuyos. Era antigua visita de la casa. Casualmente, Adrián era también muy amigo mío. Casualmente, los dos, él consciente de lo que hacía, tú sin querer, me buscásteis como un medio de aproximación. Lo único que yo hice fué retrasar tu caída?—que sería fatal, porque lo esencial era que os habías gustado—y evitarte el escándalo estrepitoso; suavizarte piadosamente el camino, y ponerte en ambiente para que el choque de tu ignorancia casera con las extravagancias de Adrián no te precipitase rápidamente en el remolino delarroyo. No hice otra cosa. Y no te lo digo para que me lo agradezcas, que no es precisamente de agradecer; sino para que rectifiques tu juicio. (*Dirigiéndose a la izquierda y abriendo la puerta*). Pero háganme el favor de pasar aquí, han llamado y el honor de toda una familia está confiado a mi discreción.

(*Laura y Adrián cogen los gabanes y sombreros y la siguen. Una pausa. Vuelve a salir doña Angelita. En seguida, precipitadamente, y muy alterada. entra Clotilde, la criada.*)

CLO.—(*Gritando.*) ¡Señora!

ANG.—¡No grites! ¿Qué pasa? En voz baja, puede hundirse el mundo.

CLO.—Si es que..... ¡está ahí!

ANG.—¿Quién?

CLO.—La nena.... ¡La señorita Cándida!
ANG.—(*Alterándose a su vez.*) ¿Es posible? Si tengo dada orden.. ¡Ay, qué conflicto! ¿Dónde está?
CLO.—En el gabinete negro. Le dije que tenía usted visita.
ANG.—(*Alarmada.*) ¿En el gabinete negro? Pero ¿qué has hecho? ¡Sácala en seguida!
CLO.—¿La paso aquí?
ANG.—¡Pues claro, mujer! ¡Allá voy yo también! (*Vase Clotilde. Dirigiéndose a la puerta.*) ¡Qué imprudencia! Qué imprudencia! (*Pero apenas da dos pasos, entra Cándida corriendo y se arroja en sus brazos.*)
CAN.—¡Mamá!
ANG.—¡Hija mía! (*Por un momento quedan abrazadas sin decirse nada*)
CAN.—¿No me esperabas, verdad?
ANG.—No. No te esperaba. Pero ¡que bonita estás!
CAN.—Me vas olvidando. Hoy fiesta y no has ido.
ANG.—¿Fiesta?
CAN.—¡La inmaculada Concepción! No te lo perdonarían las monjitas si lo supieran.
ANG.—Baja la voz
CAN.—¿Por qué?
ANG.—La jaqueca. ¡Me tiene loca!
CAN.—Pues no gritaré ¡Yo te quiero mucho, mamá! ¡Tuve una pena cuando esta mañana vi que no ibas a buscarme como otras veces! ..... Para llevarme en coche al campo. Y comer en aquel ventorro, con aquella buena mujer que te quiere tanto, y echar de comer a las gallinas .. Yo le dije a la superiora: "¿Por qué no me deja salir? ¡Mi mamá debe hallarse enferma, cuando no ha venido"! "Usted no puede salir!", me respondió secamente. ¡Antipática vieja! ¡Si la vieras con unas gafas grandes como dos neumáticos y los faldones de la toca que van a echar a volar!.... .... ¡Parece un aeroplano.
ANG.—¿Y si yo uo hubiera estado en casa?
CAN.—Me habría escondido debajo de una cama y te hubiera dado un susto
ANG.—Pero ¿cómo has salido?
CAN.—Escapándome. En un descuido de la hermana portera.

ANG.—¡Qué atrevimiento, nena! Mañana, cuando vuelvas, te castigarán.
CAN.—Es que no volveré.
ANG.—¿Cómo que no?
CAN.—Como que no. Mira, mamita, yo soy tan lista que ya lo he aprendido todo. Tú ya no eres ninguna chiquilla y necesitas quien te cuide. En esta casa tan grande y tan lujosa te aburrirás mucho.
ANG —Eres muy joven todavía.
CAN —Bueno, pues de criadita. Aprenderé. Como las niñas de los cuentos, bajaré por patatas a la tienda y dormiré con el gato en la carbonera.
Lo que tú quieras. Lo que tú quieras antes que volver al colegio (*Pausa.*) Oye, ¿cómo era papá?
ANG.—¿Para qué quieres saberlo?
CAN.—Para ver si nos parecemos. Porque a tí ya se que me parezco en lo físico. Aunque yo en lo que quisiera es en lo moral . . .¡Y no es llamarte fea! ¡Pero eres tan lista y tan buena!...
ANG.—(*Tratando de variar la conversación.*) Dime cosas del colegio ¿Se puso ya bien sor Felicia?
CAN.—No. Se la han llevado a la sucursal de Génova. Dicen que morirá de pasión de animo. ¿Qué es eso, mamita?
ANG.—Tristeza . . . Melancolía . . .
CAN.—Entonces será verdad lo que dicen.
ANG.—¿Qué dicen?
CAN.—Que está enamorada
ANG.—Pero ¿en el colegio habláis de esas cosas?
CAN.—¡Anda! De todo hablamos. Pues dicen que se metió monja porque se ha enamorado de un hombre muy malo y muy guapo que la quería mal. Yo no se que se pueda querer más que de un modo. ¡Lo que yo digo es que no hizo bien en meterse monja, si le quería! Todo menos entrar en el convento. ¡Es muy simple la vida del convento! Y hablando de otra cosa, mamá, ¿vas a despedir pronto a esta criada?
ANG.—¿ Por qué ?
CAN —Porque se me ha atravesado. La encuentro demasiado señorita para criada. Se peina como la mamá de una compañera, que dicen que es del teatro. Y gasta un perfume muy desca-

rado. Además, es metijona, y quiere mandar en mí

ANG.—No has hecho pocos descubrimientos en un minuto.

CAN.—¡Vista que tiene una! ¡Para criada no está bien tanto postín!

ANG.—¿Postín?

CAN.—Postín, dicen las niñas bien de mi colegio. ¡Me llamo Cándida Grande y debe respetar a la grandeza! (*Pausa.*) ¡Ay, mamá, como me aburro en el colegio! (*Como desde que ha entrado no hay asiento que no pruebe, objeto que no toque, ni cosa que no mire, la casualidad hace que repare en los retratos que hay sobre el bureau.*) Qué señorita más guapa. ¿Quién es?

ANG.—Una... amiguita.

CAN.—¿Cómo se llama?

ANG.—Inocencia.

CAN.—¿Y esta otra?

ANG.—Purita.

CAN.—¿Y ésta?

ANG.—Virginia.

CAN.—¡Qué nombres más seráficos! ¡Sólo falto yo! ¡Cándida! Un coro de ángeles! (*Insistiendo en revolver los retratos.*) ¡Y qué bonitas y elegantes todas! ¡Así me gustaría vestirme a mí y no con este saco raído y horroroso! Pero ¿por qué tienes tantos retratos de mujer? ¿Y por qué todas tus amigas son jóvenes y guapas?

ANG.—(*Cada vez más confusa.*) Casualidad. Además que a las feas no nos gusta retratarnos y menos regalar el retrato.

CAN.—Pues yo quiero un retrato tuyo. ¡El de bodas! ¡Estarías monísima vestida de blanco! ¿No lo tienes?

ANG.—No, hija. Me lo perdió tu padre.

CAN.—¿Papá no era bueno?

ANG.—Regular, hija, regular... Espera. Aquí debo tener uno de cuando era como tú (*Se dirige a un bargueño y abre un cajón*) Sí. Toma. Ahí si que nos parecemos. (*La entrega un retrato.*)

CAN.—(*Contemplándola con arrobo*) ¡Pues es verdad! Pero no. ¡Ya quisiera yo ser así! ¡Cuidado que estás guapísima! ¡Qué trenzas! Yo no las podré llevar. Mañana mismo me corto el pelo. Es la moda: a la *garconne*. Pero el traje es bonito, mira. Como para ir a un baile de máscaras. El hermano de una compañera va

a todos ellos. Y como es en vacaciones, y ella está en su casa y él lo cuenta en la mesa, pues ella se entera y luego me lo cuenta a mí. ¡Es más buena amiga mía! Muchas noches, cuando la celadora se duerme, se pasa ella a mi cama o yo a la suya y dormimos juntas para contarnos cosas. ¡Sabe más picardías! Pero es muy salada. Es mi pasión, como decimos en el colegio ¡Es que no me canso de mirarlo! ¡Anda! Cuéntame cosas de entonces. Yo me acorruco en tí; tú hablas y yo te escucho para aprender. (*Se ha encaramado a las rodillas de su madre y, sentada en ellas, la acaricia y se deja acariciar.*)

ANG.—¡Veo que el parecido es alarmante!

CAN.—¿No te gusta que nos parezcamos?

ANG.—No, hija mía. Yo me considero demasiado imperfecta y a tí te creo demasiado perfecta para pretender igualarnos.

CAN.—Pero, ¿es que yo voy a ser santa?

ANG.—¿Por qué no?

CAN.—¡Ay, mamá! Las vidas de santos son muy aburridas. Además, da la casualidad de que la mayoría de las santas han sido antes pecadoras. ¡Anda, no te pongas seria y refiéreme algo de tu pasado! ¡Sería tan interesante.....!

ANG.—Me casé. Sufrí. enviude. Esto fué por el año cuatro.

CAN.—¿Y después?

ANG.—Me quedé sin un real. Fuí muchas cosas: modelo de pintor, institutriz, enfermera....Ama de llaves en casa de un conde. El ocho naciste tú.

CAN.—¿El ocho? ¿Y papa murió el cuatro?

ANG.—¡No! ¡Qué atrocidad! ¡Esta cabeza mía!.... Tu padre murió el ....siete. Eso es; el siete en el verano. Tú naciste en la primavera del ocho. Eso es. La cuenta sale justa. ¡Voy perdiendo la memoria!

CAN.—¡Ya! (*Breve pausa.*) ¿Y después?

ANG.—Entré en el teatro.

CAN.—¿De bailarina?

ANG.—De .. todo.

CAN.—¿Y después?

ANG.—Estuve en París, en Egipto. . . en Rusia.

CAN.—De Rusia te traerías un oso.

ANG.—Casi, casi.

CAN.—¿Qué?

ANG.—Nada, niña. No pretendas saber lo que traje de Rusia. ¡Mucho frío! Y en el corazón también. Y algunas canas. ¡Las primeras como un rastro de nieve!

CAN.—¿Y después?

ANG.—Me establecí en Madrid definitivamente, y ya no me he movido de él. Desde entonces tuve más suerte.

CAN.—¿De qué has vivido desde entonces?

ANG.—De...... mis ahorros.

CAN.—Muchos tendrían que ser para vivir tan bién.

ANG.—Entonces estaba la vida más barata.

CAN.—¿Tanto?

ANG.—Y que puse una tienda de modas.

CAN.—¿Con qué capital?

ANG.—¿Sabes que eres demasiado curiosa.

CAN.—¡Como tú! ¡Enteramente como tú!

ANG.—(*Riéndose*) ¡Imposible contigo! Parece que me estoy viendo en brazos de mi madre, pregantándola: «Mamá, cuando sale una del colegio, ¿qué hace» «Presentarse en sociedad» "¿Y después?" "Dejarse querer." "¿Y después?...." "Casarse." "¿Y después?" "Tener hijos. "¿Y después?" ¡Siempre el mismo estribillo! ¡Como si todas las finalidades que se me ofrecían fueron insuficientes y siempre desease una de mayor interés! ¡Como tú! ¡Enteramente como tú!

CAN.—Sí, mama. Como yo. ¡Porque siento una curiosidad por la vida! ...No me gusta hablar más que con los mayores y querría crecer muy de prisa para ser protagonista de una novela que no se ha escrito todavía. Y leer. Y pensar mucho. En el colegio me llaman la 'sabía'. Sor Simplicia dice que parezco una vieja que filosofo demasiado a mis años. ¡Todo porque anhelo saber!

ANG.—¡Anhelar! ¡Saber! ¿Y para qué? Ya lo ves. Llegamos a viejas, estamos tristes, la vida nos lleva por donde quiere.... Pero... dejemos esto y vamos a tu cuarto.

CAN.—¿Cuál es ahora mi cuarto? ¿Ese nuevo que has puesto, donde me ha entrado la criada?

ANG.—¿El gabinete negro? ¡De ningún modo!

CAN.—¿Por qué? ¡A mí me gusta!

ANG.—¡No digas! Parece una tumba.

CAN.—¡Eso sí! ¡La de Tut-Ank-Amen! Hasta con el catafalco en medio. Aquello que no se sabe si es cama, un sofá o un ataúd ¡Resulta muy misterioso! Con su media luz verde, que se filtra por unas rendijas del techo, y toda tapizada en oro y negro. ¡Muy original! ¿A tí no te gusta? Entonces ¿porqué la has puesto?

ANG.—(*Sin saber qué decir.*) Porque.... es la moda.

CAN.—Vives bastante esclava de la moda. ¿Y aquello que está junto al diván, que parece una cafetera, con un pitorro de marfil y una goma muy larga?

ANG.—Pues ... Un cacharro caprichoso. (*Pausa.*) Ven. Mira, tu cuarto es éste. *Abre la puerta de la derecha. Cándida se queda en el dintel sin decidirse a entrar.*) ¿Qué te parece?

CAN.—(*Con gran desencanto.*) ¡Uy! ¡Blanco y rosa! De colegiala todavía!

ANG.—¿Serías capaz de preferir el gavinete negro?

CAN.—¡Ya lo creo! ¡Allí se debe soñar tanto! La oscuridad y el silencio excitan la imaginación. En fin, con tal de estar aquí, haré lo que me pidas.

ANG.—Pues lo que te pido .. ¡un beso!

CAN.—¡Uno, y cien y un millón! (*Vuelve a besarla con entusiasmo, y estrechamente abrazadas, vanse. La puerta se cierra tras ellas. En seguida entra Clotilde seguida de Carlos.*)

CLO.—Pase usted. ¿Dice el señorito qne ya le conoce?

CAR.—Sí. Mucho.

CLO.—¿Y a quién anuncio?

CAR.—A nadie. Quiero sorprenderla. Es un capricho.

CLO.—Está bien. ¡Qué guapo! ¡Y qué joven! Aquí no ha estado nunca. (*Váse Clotilde. Pausa.*)

CAR.—(*Solo.*) ¡Qué criada más extraña! Parece una mecanógrafa. O una corista. O algo peor. Todo menos una criada (*Paseando de un lado a otro.*) ¡Estos nervios! ¡Estos nervios! (*De pronto, parándose.*) Vive muy bien doña Angelita. No lo suponía yo. Mamá tampoco nos habló nunca del chic de este salón (*Con súbita emoción.*) ¡Mamá! ¡Mamá! ¿Por qué has hecho que esta palabra tiemble en mis labios como tiembla? (*Reanudando sus paseos.*) Esta señora tiene que saber algo. ¡No puedo! ¡No puedo! Cada vez estoy más nervioso! (*Mirando al reloj.*) Estaba por desaparecer ... (*Da un paso hacia la puerta. Luego se detiene.*) No. Tengo que saberlo. Cuanto más trato de alejar esta

idea que me ha asaltado de pronto, mas fuerza va tomando (*Se dirige hacia el pulsador del timbre, pero cuando va a poner la mano en él, aparece doña Angelita.*)

ANG.—(*Extrañadísima al verle.*) ¡Carlos!

CAR.—Señora. (*La besa la mano ceremoniosamente.*)

ANG.—¿Tú aquí?

CAR.—¿La sorprende?

ANG.—Por lo inesperada de tu visita. (*A Cándida, que ha salido tras ella y permanece aparte, discretamente.*) Retírate, Cátdida. (*Cándida hace una inclinación de cabeza y se va.*)

CAR.—¿Quién es?

ANG.—Una parienta. ¿Bonita, no?

CAR.—A pesar del traje.

ANG.—Sí. Es horrible. Poro todavía no está en edad de presumir (*Disimulando su impaciencia.*) Siéntate.... Pues no sabes cuánto me alegra tu visita. Tú nunca habías venido por aquí, verdad (*Carlos abstraído en sus pensamientos, apenas lo oye.*) Siéntate. (*Breve pausa.*) ¿No me oyes?

CAR.—¡Ah! Sí, señora. La colegiala me ha distraído.

ANG.—Dime a qué vienes. ¡Me hace tan raro verte en mi casa.

CAR.—Nada raro. Pasaba. Recordé que usted vivía por aquí. Busqué el número... Subí por saludarla ... Y aquí estoy.

ANG.—Mira, Carlitos. Más sabe el diablo por viejo que por diablo. Tú no me engañas. Tú vienes con algún propósito. ¡El que sea, que es lo que vamos a saber ahora mismo! ¿De dónde, si no, se te iba a ocurrir visitar antigualias? ¿Lo ves? Estás muy nervioso.

CAR.—(*Disimulando malamente su exitación y jugando con el junquillo que trae.*) No, no, señora ... Le aseguro ...

ANG.—(*Quitándole el junquillo.*) Deja el bastón. Me estropearás los muebles. Así Quietecito. A ser buena persona y a decírmelo todo. ¿No tienes confianza en mí? ¡No os he dado a todos cien pruebas de lealtad y adheción?

CAR.—(*Dudando un poco y entregándose en seguida.*) Sí, señora, sí.. Es verdad. Y por eso, porque la tenemos a usted por una buena amiga de casa, he venido. ¡Ea! ¿Para que callar más? (*Muy compungido.*) Tenemos un disgusto muy grande. Y digo tenemos porque mi padre también participa de él.

CAN.—¿Lo ves, hijo mío? Vamos, habla y no me ocultes nada.

Todo tiene remedio en el mundo.
CAR.—Debe tenerlo, sí, señora: debe tenerlo. ¡Porque si no! . . .
ANG.—¿Qué ibas a decir?
CAR.—No sé. . . . no sé. Una atrocidad
ANG.—(*Acariciándole como a un niño.*) ¡Carlitos! ¡Carlitos! Estás muy exitado. ¿Tomarás una tila?
CAR.—No, señora. Nada. Ni agua.
ANG.—(*Haciendo ademán de levantarse.*) Sí. Voy a mandar...
CAR.—(*Reteniéndola la mano.*) ¡Que no, señora! Escúcheme. Necesito que me escuche. ¡Creo que voy á enloquecer! (*Pausa. Ella vuelve a sentarse.*) Pero antes contésteme a una pregunta: ¿Ha estado aquí mi madre?
ANG.—¿Tu madre? No, no ha estado.
CAR.—¿No me engaña?
ANG.—¿Es que habría algo de malo en que viniera?
CAR.—No lo sé.
ANG.—¿Cómo que no lo sabes? ¿Qué quieres decir? ¡Explícate claro!
CAR.—Si na sabría. Es una duda que tengo.
ANG.—Pero que parece una acusación a mí. Cien veces vino y nunca os extrañó. ¿Por qué os extraña hoy? ¡Daría cualquier cosa porque estuviera aquí! ¡Porque apareciera de pronto!
CAR.—Y yo también. Pero no se sofoque, no ofenda. En que venga a su casa nada hay de malo; en que falte de la suya, no lo sabemos.
ANG.—¿Falta de la suya?
CAR.—Sí, señora. Con demasiada frecuencia. De compras, de visitas, de paseo.
ANG.—¿Y eso puede inquietaros? ¿No salió siempre? ¿No tiene tu padre ciega confianza en ella? ¿No es una mujer honrada y digna y cristiana? . . .
CAR.—Eso mismo es lo que yo me digo. Pero...
ANG.—Pero ¿qué? ¡Vamos, Carlitos! ¡No sigas hablando así de lo más sagrado que hay para tí en la tierra! ¡No te lo consiento! Indudablemente te han envenenado con algún fin malébolo! Sospechar de Laura! De la mujer más íntegra que he conocido!
CAR.—(*Rompiendo a llorar.*) ¡Tiene usted razón, sí, señora! ¡Soy un miserabe! ¡Un mal hijo, que ha pensado mal de su madre!
ANG.—¿Ahora esto? ¡Pero, Carlos! Más chiquillo eres tú que la

colegiala. No llores. (*Pausa.*) Cuéntame. ¿Qué ha pasado? ¿Qué disgusto grande es ese que decías?

CAR.—¡Algo horrible, doña Angelita! Mamá ha salido de casa. A poco, papá se ha puesto enfermo; grave, por momentos. Hemos querido avisar a mamá. Se la llamó por teléfono a varios sitios dónde dijo que iba No sabían de ella. Se la mandó buscar a otros. No había ido. En dos autos hemos andado tras ella toda la tarde, recorriendo cuantos sitios suele frecuentar y en ninguno la han visto ni saben de ella. ¡Es horrible, doña Angelita!

ANG.—¿Y papá?....

CAR.—Lo sabe y sufre. Yo he salido para tranquilizarle prometiéndole que la llevaría.... Pero ¿cómo llevarla, si no doy con ella?

ANG.—(*Un poco turbada.*) Sosiégate.... Ya verás como vuelve en seguida. No hay que pensar en un accidente, aunque, no siendo cosa mayor, valdría más que lo que tú sigues pensando, con una obstinación absurda.

CAR.—También se ha temido eso. En las casas de socorro, en las comisarías no dan razón.

ANG.—(*Poniéndose en pié, con resolución.*) ¡Vamos, vamos! Estás muy excitado. Es preciso que tomes algo.

CAR.—¡Que no, señora!

ANG.—¡Que sí! Estate aquí. No te muevas. (*Vase doña Angelita. Apenas ha salido, se entreabre sigilosamente la puerta de la derecha y aparece Cándida, que avanzando tímidamente, dice*):

CAN.—Sí. No se apure. Su mamá tiene que parecer. No es posible que la suceda nada, teniendo un hijo que llora por ella.

CAR.—(*Sorprendido.*) ¿Ha oido usted?

CAN.—Todo. ¡Y le compadezco con toda mi alma! De buena gana me echaría por ahí a buscar a esa señora. Pero necesitaría conocerla. Diga usted, ¿no será alguna de estas que están aquí retratadas?

CAR.—No, señorita. No es. Ya las he visto.

CAN.—¡Qué lástima! ¿Quiere usted que le acompañe yo? entre los dos la buscaremos mejor. Aquí no ha estado, no. Yo soy muy curiosa y la hubiera visto. Ya verá como todo es una falsa alarma. Yo rezaré a la Virgen. Pero usted búsquela, búsquela de todos modos. Los santos ayudan, pero hay que ayudarlos. (*Pausa*) ¿No me dice nada?

CAR.—Sí, señorita. Muchas gracias.

CAN.—¿Y nada más?

CAR.—Si no estubiera tan triste, la diría que me gusta usted mu-

cho y que me consuela oírla.

CAN.—¡Vaya! ¡Menos mal! Pues vuelva cuando se le pase el disgusto y esté alegre. Charlaremos como buenos amigos. ¿Volverá?

CAR.—Con muchísimo gusto.

CAN.—¡Calle! Ha parado un auto. (*Pausa. Va al balcón. Mira por los cristales.*) No baja nadie.

CAR.—¿A ver? *Se acerca al balcón y mira también por encima del hombro de élla. Pausa larga. Los dos, sin palabra, están pendientes de lo que pasa en la calle.*)

CAN.—(*De pronto riéndose.*) No respire tan fuerte, que me hace cosquillas en la nuca. (*El se fija entonces en el cuello de ella Ella vuelve a reírse.*)

CAR.—¿De que se ríe así?

CAN.—De que es usted el vivo retrato del Arcángel San Gabriel. ¡Ja! ¡Ja!

CAR.—(*Que empieza a turbarse.*) ¡Qué risa más bonita! ¡Y qué ojos! (*Ella se vuelve. El la coge las manos.*)

CAN.—¡Que nos está viendo el loro y luego todo lo cuenta! (*Soltándose.*) Me marcho, no venga mi mamá.

CAR.—(*Muy sorprendido*) ¿Su?........

CAN.—¡Pues claro! Doña Angelita. Adiós, señor. . ¿Como se llama?

CAR.—Carlos.

CAN.—Adiós, Carlos. ¿volverás?

CAR.—Se lo prometo.

CAN.—¡Ya verá cómo la encuentra! Buenas tardes. (*Cándida se va*)

CAR.—¡Una hija! (*De pronto, como si le oyera.*) ¡El auto se va! (*Corre al balcón. Mira.*) ¡No he podido ver! Esta chiquilla me ha distraído. ¡Es tan bonita! (*Entra doña Angelita con una taza.*)

ANG.—(*Dándole ella misma la taza y agitando la azúcar.*) Vamos, bebe. Tranquilízate. Estoy segura de que cuando vuelvas te la encuentras allí. (*Carlos bebe con ansiedad.*)

CAR.—Gracias. Muchas gracias. Es usted muy buena. Me ha confortado. Me ha librado de malos pensamientos. ¡Dios se lo pague! Ahora, a seguir mi peregrinación. Pero, ¿dónde ir?

ANG.—Acasa. No lo dudes. Soy mujer de grandes corazonadas—¡hasta un poquito bruja!—, y estoy cierta de no engañarme ahora. Tu madre ha vuelto ya. (*Riéndose.*) ¡Me lo ha dicho la sota de bastos!

CAR.—El cielo haga que así sea. Usted lo pase bien.

ANG.—¡Anda con Dios, hombre! ¡Anda con Dios! (*Le acompaña hasta la puerta. Carlos se va.*) Fatalidad mayor no la he visto nun-

ca. Ni compromiso mayor tampoco. ¿Qué va a ser de esa chica? (*Abriendo la puerta de la izquierda.*) Salga. (*Sale Adrián. A pesar de su exterior frío, una viva ansiedad se refleja en su rostro.*)
ADRIAN—¿Se fueron?
ANG.—Los dos. Cada uno a su tiempo.
ADR.—Pero ¿ella?....
ANG.—En el auto la metimos a empujones. Sigue dormida.
ADR.—¿Y el chófer no dirá?....
ANG.—Nada. Es de confianza. Hace todos los servicios de la casa. Va aleccionado y con buena propina. Contará que ella le paró diciéndole: «¡De prisa! ¡A la calle tantos! ¡Me pongo enferma!» Que al abrir la puerta para que bajase se la encontró privada y que no sabe más.
ADR.—Gracias, doña Angelita.
ANG.—¿No me llama usted ahora doña Diabla? Nunca mejor ocasión.
ADR.—Pero no de bromas.
ANG.—Vamos a cuentas. ¿Que ha hecho con esa desventurada?
ADR.—Yo, nada. Ella. Se empeñó en probar....
ANG.—¡La morfina! ¿Qué ha hecho usted?
ADR.—Yo no quería.
ANG.—¡Usted no quería! ¿Pero de quién aprendió? (*En voz baja, con duro reproche.*) ¡Qué crimen! ¡Es usted un miserable!
ADR.—Tiene usted razón.
ANG.—De esto al gavinete negro no hay más que un paso. Para usted todas iguales. ¡Qué conciencia más negra tiene usted, Adrianito!
ADR.—No tardará en despertar. Fuí precavido.
ANG.—Y si no despertara, quizá ganaría.
ADR.—¡Bah! ¡Es la vida! ¡Hay que vivir! ¡Hasta pronto, doña Diabla! (*Se dirige a la puerta del foro, cuando en la de la derecha vuelve a aparecer la inocente figura de Cándida. Esta, al verle, comprende su indiscreción y se detiene.*)
CAN.—¡Ay, perdón!
ANG.—(*Con gran energía al verla.*) ¡Retírate! ¡Retírate, en seguida! (*Cándida obedece. La puerta se cierra trás ella.*)
ADR.—¿Quién es?
ANG.—Un ángel.
ADR.—(*Irónico.*) ¿Un ángel en la casa del diablo? Pues Satanás también fué ángel y dejó de serlo.
ANG.—¡Pero éste no! ¡Lo juro! (*Telón.*)

ACTO SEGUNDO

La misma decoración del acto primero. Es de día, Cándida, sola, al teléfono

CAN.—¡Carlos! ... Sí. Tu Pochola.... Ven por ellos... ¿Que no te dejo? ¡Que no te atreves! ¡Sí! ¡Sí!.... En dos meses de noviazgo no hemos pasado del teléfono, las cartas y hablar por el balcón. Eso estaba bien cuando era colegiala. Hoy no salimos. Ayer pasé un rato estupendo. Tú y el delantero centro, admirables. Pero tú, sobre todo Metiste un «goal» monumental. ¡Eres el as!.... ¿Yo cobarde? ¡Atrévete!.... ¡Esto es peor que el convento!.. Encerrada siempre. Mi madre no me deja asomarme a la vida... ¿Por qué se opone? Lo ignoro.. Te tiene enorme simpatía.... ¿Decir? Que más adelante. Que somos jóvenes.... El mejor día me escapo y peor para tí.... Precipitando las cosas, nos casarían.... Decídete. ¡Ven!.... ¿Si te das maña?. . ¿A qué hora?. . . ¡Soy felíz! . . . ¡Ah! ¿Y tu padre? . . . ¡Enhorabuena! . . . Viene gente. ¡Adiós! *Deja el aparato y se va precipitadamente por la derecha. Entra Laura*)

LAURA.—*(En la puerta, como hablando con Clotilde.)* Dígala que estoy aquí *(Una pausa y sale doña Angelita)*

ANG.—Aún no vino. Siéntate. Pepe, ¿bien ya?

LAU—Casi. Quedó en casa, en partida de poker, con unos amigos.

ANG.—Creí que no volvías. ¡Larga ha sido la ausencia! ¡Por un cabello te libraste!

LAU—Gracias a usted y a que tuve la fortuna de despertar antes de llegar a casa y el chófer me explicó. ¿Pero qué idea me daría de probar la maldita droga?

ANG—¿No te la sugirió Adrián?

LAU—¡Ah, claro! Es extraño. Adrián. Me quiere a cegar, pero a su manera ¡Si viera usted qué cuesta arriba se me hacen algunas cosas! .. Yo por complacerle, cedo. Pero la verdad es que no gana nada a mis ojos. No estoy acostumbrada. ¡Me cuesta mucho! ¡Me cuesta mucho! ¡Hoy vengo dispuesta a terminar!

ANG—Caza, guerra y amores por un placer, mil dolores, dice el adagio.

LAU—Sí, señora, sí. Partiéndoseme el alma, porque yo no creí que se llegase a querer tanto lo que debíamos odiar. Pero esto no puede continuar un solo día.

ANG—¿Pepe no va recobrando la confianza?
LAU—Al parecer. No me fío. El hecho de que aceptase aquel día mis explicaciones sin replicar me da recelo. Es hombre frío, reflexivo. ¡Cuando menos lo esperábamos, la sorpresa! ¡No! ¡No quiero sufrir más! De carlos no digamos. Desde aquella tarde no me habla, no me mira. Ahora mismo, al salir, le he visto atisbando detras de las vidrieras, como un centinela. Es mi sombra. Es mi pesadilla. Entre todos van a volverme loca. Mucho castigo tendremos en la otra vida las que hacemos lo que yo. Pero no era preciso. ¡Bien castigadas estamos con la zozobra en que nuestro delito nos mantiene!
ANG.—Y sin esa zozobra—que es como la morfina de Adrián—, sin ese veneno, que os produce un placer doloroso, ¿qué atracción ofrecería el pecado? El pecado atrae porque es terror, peligro y angustia. Os sentis atraídas al delito con una sugestión morbosa. Haces bien, si puedes, en librarte de ella.
LAU.—Sí podré. Mi hijo vale más que todo. Y a propósito de mi hijo. Poseo pruebas de que tiene que ver por aquí. Con lealtad: ¿Carlos frecuenta esta casa?
ANG.—¿Carlos?
LAU.—Sí. Dígame la verdad. Mi doncella de confianza sabe el número de su teléfono. Mi hijo ha llamado a ese número algunas veces. Su criado ha traído aquí algunas cartas. Se ha comentado entre la servidumbre. No me lo niegue.
ANG.—No lo niego, no. Está en edad de amoríos.
LAU.—Si no me extraña. ¿Y con qué derecho podría yo impedirlo? ¡Por Dios, cuídemele bien! Vele por él. ¡Líbrele de los mil peligros a que está expuesto y, sobre todo, no me le envenene alguna mala pasión!
ANG.—Está tranquila. (*Pausa.*) ¿Y si fueran otros los peligros?
LAU.—¿Cuales?
ANG.—Los que menos puedas figurarte. Supongamos que se hubiera enamorado seriamente de una muchacha honrada y que estubiera en relaciones formales con ella?
LAU.—¿Aquí?
ANG.—¿Por qué no? Vamos a suponer que yo tuviera, por ejemplo.... una hija.
LAU.—¡Qué cosas dice usted! Eso es imposible.
ANG—¿Imposible? ¿No soy mujer? ¿No he amado como tú? ¿O crees que he nacido así y así he sido siempre? (*Pausa.*) ¿No contestas? (*Otra pausa.*) ¡Ya! Pertenezco a ese género de personas

cuyo papel en la vida es tan monstruoso que no podemos concebirlas fuera de él. ¿Quién pensará que el enterrador o el verdugo reciben y dan besos de amor?

LAU.—No es eso pero aun así....

ANG.—¿Qué?

LAU.—No sería posible que Carlos....

ANG.—Acaba, mujer.. se enamorase de mi hija.

LAU.—Claro.

ANG.—Eso es lo que quería oirte. Por ser mi hija, ¿verdad? No porque ella fuera mejor ni peor, sino por ser mi hija. ¡Extraña moral la tuya! Entonces-- sigamos suponiendo-- tu hijo, por ser tu hijo, merece la recusación de todas las mujeres honradas. ¿No es eso? Entonces, si yo tuviera una hija y él me la enamorase, ¿yo debía oponerme a ese amor?

LAU.—Es distinto.

ANG.—¿Por qué? ¿Por tu infamia clandestina no ha salido a la luz y la mía sí? ¿Porque, en último término, tu culpa es hasta de buen tono y la mía nó? ¿Pero no son iguales infamias? No, mujer egoísta, no. Tu honor y el mío, nada tienen que ver con los suyos, como nada tienen que ver su inteligencia ni su corazón.

LAU.—Pero el hombre se libra del estigma y la mujer no. Lo que difama a un hombre es ser hijo de un ladrón o de un asesino; lo que difama a una mujer es ser hija de una liviana.

ANG.-Sólo rodando muy abajo se ve clara la verdad. Los que estáis cómodamente situados en la vida, vivís muy a gusto en los errores ancestrales. Si yo tengo una hija— ¡siempre en el supuesto!—, pensaré que doy al mundo, no una continuación de la misma, ligada a mí para siempre, sino una criatura libre, que pueda conducirse por donde y como quiera. Tú, no. Tu ya haces de tu hijo un muñeco cuyos resortes vas a manejar a tu antojo, privándole de todo movimiento espotáneo, pero reservandote para tí misma una ipócrita y egoísta libertad de acción. No, Laura, no. Tu moral es muy correcta, muy sensata, y precavida, pero es injusta y mucho más inmoral que la mía, que ha nacido, por larga reflección, de la espuma de tantas inmoralidades. (*Pausa.*) Pero no te a ustes. Quería provar tu limitación de conciencia, tan ancha para unas cosas, tan estrecha para otras. Nada temas. Mi supuesta hija no existe. Carlos no tiene amores con ella. Has pensado bien. Toda su relación con esta casa

se reduce a una aventura sin importancia ¡Pasar el rato! Lo que tu quieres .. ¡Halago de sentidos y hábito de indiferencia! ... ¡La santa hipocresía de que es mi casa lonja y mercado!

LAURA.— Veo que se toma Ud. el disgusto siendo yo la que debía.

ANG.—No es disgusto, mujer. ¡Pienso tantas cosas yo aquí solita! Perdona el calor con que hablé y tranquilízate. De todos modos, Carlos no volverá por aquí. Te compromete.

LAURA.—Ya no, puesto que no he de volver. Y ahora soy yo quien la ruega que le haga venir. Es para mí una seguridad. (*Levantándose*) A todo esto. Adrián no viene y yo no puedo esperar más. Por fuerza he de hacer algunas compras, que son la justificación de mi salida.

ANG.—Ve y vuelve, si quieres. Ya le diré que aguarde.

LAU.—Es lo mejor. Media hora, aquí, a la vuelta, en los almacenes, y subo. Hasta luego. (*Ya en la puerta.*) ¡Y no me tenga rencor por esa negativa imaginaria a esa imaginaria nuera! (*Vase Laura*)

ANG.-(*Sola.*) Lo que yo suponía. ¡Pobre Cándida! (*Entra Clotilde*)

CLO.—Señora, el señorito Carlos ha venido. Acaba de irse.

ANG.—¿Carlos? ¡La habrá visto?

CLO.—No creo, venía tranquilo, aunque a toda costa quería entrar. Como la señora, desde aquel día, me tiene advertido el peligro, le dije qua había usted salido con la señorita. No lo creía. Asegura que la señorita le ha citado aquí.

ANG.—¡Imposible! Cándida sabe que no quiero esas relaciones.

CL .—Perdóneme la señora, pero yo creo que la señora hace mal. El parece muy buena persona. Lo que a la señorita la conviene es casarse con él en seguida y salir de aquí cuanto antes. Esto no es para ella, cre yo. Y discúlpeme la señora si me atrevo a opinar.

ANG.—Me has puesto en cuidado. ¡Si vuelve y se la encuentra! .. Mira, me echaré un velo y bajo a prevenirla. Mejor será que aplace la entrevista. Al señorito Adrián, si viene, le dices, que mañana a la misma hora.

CLO.—Está bien, señora. (*Vase doña Angelita. En seguida sale Cándida.*

CAN.—¡Cloti!

CLO.—¿Señorita?

CAN.—Vendrá le he citado,

CLO.—¡Me lo hubiera advertido antes! ¡Buena la hemos hecho! Ya vino.

CAN.—¿Y no entró?

CLO.—No le dejé. Como la señora me lo tiene prohibido.

CAN.—¿Y si no vuelve?

CLO —Volverá. ¡Hay señorita! ¡Si usted quisiera oírme! Tengo unas ganas de decírla cuatro verdades! Para bien suyo, por supuesto; porque me da usted mucha lástima.

CAN.—¿Lástima? ¿De qué?

CLO.—Es difícil de explicar. Hay muchas cosas que se aprenden sin que se las expliquen a una. Pero usted no es para esta vida. Si la señorita sigue aquí mucho tiempo, luego ya no podrá casarse, creo yo. Como me pasa a mí, y disimule la comparación. Esto es como el aire del campo, que se la mete a una en los huesos y ya no sabe una vivir en la ciudad. Me llamarían a servir en una casa como es debido, me pagarían más sueldo, me tratarían mejor, si cabe, y no me haría a ello. Y ya usted sabe que no soy ninguna loca. Pero no sé qué tiene, no sé qué tiene.

CAN.—Como no te explíques más . . .

CLO.—Eso no. Yo la abro los ojos. Si usted se empeña en cerrarlos, allá usted. Claro que usted no ve nada, porque la señora la ciega, la deslumbra. Todo se la hace poco para usted. Hemos cambiado de modista, de peluquero.... Mejorando, claro está. En ropa interior, no digamos. ¡La Reina que se casara, no la llevaría mejor que la señorita!.... Pero no es eso, no. ¡Si pudiera yo cambiarme por una hermana mía que se casó con un guarda de El Pardo y vive allí con ocho hijos! Muy pobres, pero ¡tan ricamente! Créame: el señorito Carlos no puede tener mal fondo. Cásese pronto y váyase de aquí. En fin, he hablado más de la cuenta.

CAN.—Voy entendiéndolo todo. Sólo me falta lo pricipal. ¿Qué hace de malo mi madre? ¿Cuál es su falta? Tienes razón Clotilde. Es como el aire del campo que se mete en los huesos. . . Pero ¿de dónde sale? ¿Qué és?

CLO.—Ya lo sabrá usted Y más pronto de lo que quisiera.... Han llamado. *(Vase Clotilde. Cándida se sienta a la pianola como si estuvieva tocando y se finge distraída. Entran Adrián y Clotilde)*

ADR.—*(Sin ver a Cándida.)* Bueno, podré descansar un rato. Ver a doña Angelita.

CLO.—Eso sí. Vendrá en seguida. Y ya sabe el señor: mañana, á la misma hora.

ADR.—Muy bién. *(Pausa Clotilde se va. Adrián repara en Cándida)*

CAN.—*Como sorprendida.)* Muy buenas. (*Otra pausa. Cándida sierra el teclado y se dispone a irse.*)
ADR.—¿Se marcha por mí? ¿Si he venido a importunar?....
CAN.—De ningún modo. *Cándida vuelve a sentarse. Otra pausa.*)
ADR.—¿Esperaba usted a alguien?
CAN.—¿Yo? No. ¿Y usted?
ADR.—Esperaba. Pero ya, tampoco. Madrugaron más que yo y llegué tarde.
CAN.—¡Ah! (*Otra pausa.*)
ADR.—Entonces ... si no a persona determinada, ¿espera usted de un modo ambiguo?
CAN.—No le entiedo
ADR.—Qué habrá usted venido a pasar la tarde ... aquí.
CAN.—Sí. Aquí.
ADR.—¿Con alguién?....
CAN.—Ya le he dicho que no
ADR.—¿Aunque surja ese alguien inesperadamente?
CAN.—Pero ¿qué quiere usted decir? Quién va a surgir?
ADR.—Yo, por ejemplo.
CAN.—Le advierto que no me entretienen los acertijos.
ADR.—El que empieza a no entender ésto soy yo. (*Otra breve pausa.*) ¿Es usted visita de la casa?
CAN.—(*Sonriendo.*) Visita, precisamente ..
ADR.—¿Parienta, acaso, de doña Angelita?
CAN.—(*Riendo francamente.*) Sí. Algo pariente.
ADR.—¿Y suele usted hayarse aquí con frecuencia?
CAN.—Naturalmente. A todas horas.
ADR.—Lo ignoraba, y me extraña. Doña Diabla no guarda secretos para mí.
CAN.—(*Con extrañeza.*) ¿Doña Diabla? ¿De quién habla usted?
ADR.—De.... su tía.... o lo que sea. ¿No sabía usted que la llaman así?
CAN.—(*Muy indignada.*) ¡Doña Diabla! ¡Vaya ocurrencia! Si lo sabía. ¡Pero no me hace gracia!
ADR.—¿No?
CAN.—Ni pizca.
ADR.—No volveré a llamarla de esa manera.
CAN.—Y hará usted muy bien.

ADR.—¿Va usted a enfadarse conmigo?
CAN.—De ningún modo. ¡Sería una incorrección!
ADR.—Es que usted puede, si gusta, llenarme de injurias. Lo que tarden en pasar por sus labios tardarán en volverse lisonjas. Pero no quiero dejar en usted la menor sombra de antipatía.
CAN.—Pues hablemos claro. Es el único modo de entenderse.
ADR.—De acuerdo. (*Con resolución.*) ¿Quién es usted?
CAN.—Eso lo último.
ADR.—¿Ni el nombre siquiera?
CAN.—Candida. ¿Y usted?
ADR.—Adrián Tenorio. Aristócrata. Un poco marqués. ¿Profesión? Espectador de la vida en casi todo. En la comedia del amor, actor recalcitrante.
CAN.—Pero.... ¿el amor es una comedia?
ADR.—¿Lo duda usted? ¡Qué desgracia! ¿Ama usted mucho?
CAN.—Empiezo ahora.
ADR.—Luego ¿cree usted en él? ¡Qué suerte! Pero no lo tome muy en serio. El paladar verdaderamente fino gusta mejor los majares cuando modera su apetencia. La necesidad inaplazable desnaturaliza el placer de la gula. (*Transición.*) Según veo hace muy poco anda usted por el mundo.
CAN.—¿Se me nota aún el aire del colegio?
ADR.—¡No, en verdad! ¡Es usted un caso de adaptación verdaderamente asombroso! ¡Qué gran actriz sería usted!
CAN.—¿Usted cree? ¿Valdría yo para filmar?
ADR.—¿La gustaría?
CAN.—¡Es mi sueño!
ADR.—Pues si usted quiere. Yo... puedo ayudarla.
CAR.—¡Oh, no! ¡Cállese! ¡Se reirían de mí! ¡La Bertini de Recoletos!
ADR.—Es usted de una inocencia excepcional o de una perfidia maestra. (*Cándida hace un gesto de asombro.*) No se extrañe si pienso lo último. El lugar en que estamos da derecho a ello.
CAN.—¡El lugar! ... (*Comprendiendo de pronto.*) ¡Ah, sí! (*Pausa.*) ¿Viene usted mucho por aquí?
ADR.—Con cierta frecuencia. Doña Angelita, con su gran talento, ha hecho que su casa sea frecuentada tan sólo por gente verdaderamente distinguida. Aquí está uno libre de encontrarse con rastacueros y "parvenues," con nuevos ricos y estudiantes. Es una especie de masonería la que existe para llegar a esta casa.

Como para ingresar en las órdenes caballerescas, los requisitos son muchos y extremados: ejecutorias de nobleza y generosidad, fortuna sólida, educación exquisita, discreción absoluta, presentación por tres amigos que respondan del catecúmeno ¡Una verdadera oposición! Eso sí, luego se dan por bien empleados los trabajos, auque sean de Hércules. No hay casa en Madrid donde se encuentre uno tan en la suya como en ésta. De tal modo llega uno a olvidarse del motivo que le trajo. ¡Una ursulita no hallaría nada que la chocase! ¿Es cierto?

CAN.—Completamente ¿Hace mucho que conoce usted a doña Angelita?

ADR.—Diez años. Desde que empecé mis aventuras

CAN.—¡Tan joven! ¡Ya estará usted cansado! (*Arriesgando la pregunta con voz temblorosa.*) ¿Y fué siempre ella quien le proporcionó sus alegrías?

ADR.—¡Proporcionó! ¡Qué palabra tan fea! Ella no desciende a tanto. Ella suaviza, facilita, acoge... ¡Nada más! Esto es lo que la da su excepcional prestigio. Lo demás no tendría valor. (*Rematando la idea*) ¡Ni se haría pagar tan caro! (*Cándida, demudada, temblorosa, le mira como alucinada.*) ¿Se asusta? ¿Por qué?

CAN.—(*Con rápida y fingida sonrisa.*) No. Por nada, por nada.

ADR.—A lo que veo, la estoy iniciando. Otra prueba del absoluto desinterés y del tacto delicadísimo de doña Angelita: ni una palabra que haya podido descubrir a usted las intenciones que seguramente la guiarán al traerla aquí. Es su sistema. Dejar que los hechos hablen por sí. Esperar y hacer desear. Un verdadero sacerdocio!

CAN.—Es usted un hombre extraño. ¿Habla usted en serio o en broma?

ADR.—¡Completamente en serio! Como en serio la digo que me gusta usted de un modo enorme y qué estoy dispuesto a sacrificarme por usted. Marque plazos, si quiere; ponga condiciones, si gusta, pero no pierda el tiempo con gente inexperta El amor es un libro muy complejo, cuya consecuecia se saca tarde y con daño. Sírvase de quien, como yo, lo ha leído muchas veces y llevará ganado bastante.

CAN.—Pero no la felicidad.

ADR.—¿La felicidad? ¿Qué es eso? ¿De qué color la pintaría usted?

CAN.—¿Yo?... Como la primavera: toda verde.

ADR.—Puede que no esté usted equivocada. Verde. ¡Muy ver-

de! Pero eso, más que la felicidad, es la portada de un almanaque alegre.

CAN.—¿Usted no cree en la felicidad?

ADR.—¡Qué he de creer! Creo en la vida, y la vida no es dulce ni amarga. Es.... como es. Con las emociones de un experimento científico que empieza al nacer y acaba al morir. Hay que juzgarla con frialdad. No apasionarnos más que por aquellas cosas que puedan proporcionarnos un nuevo placer o la ilusión de una mentira grata.

CAN.—Pero entonces, ¿usted no tiene ideales?

ADR.—¿Ideales? ¡Sí! ¡El cerdo de Epicuro!

CAN.—¿Y qué es eso?

ADR.—Difícil de explicar, nena. El halago de los sentidos, las satisfacciones corporales. La comodidad. El vértigo de la velocidad. El bienestar del vacío absoluto. La anulación de todo lo que nos hace sufrir.

CAN.—¿Nada más?

ADR.—¿Te parece poco? Pasar sobre la vida rozándola levemente, pero sin aterrizar jamás. Desprendernos de toda la carga sentimental de cien años de romanticismo. No querer, pero no sufrir. No reir, pero no llorar. Un desdén absoluto por todo lo que no sea vida, dinamismo, movimiento. Esta es la única verdad: que venimos a pasar, que estamos de paso y que hay que pasar lo más rápidamente posible para llegar pronto al final. (*Pausa. Cándida, abstraída profundamente, parece no oirle.*) ¿No me escuchas? (*Otra pausa.*) ¡Cándida! ¿Qué tienes? ¿Habré ido demasiado lejos?

CAN.—No. No se apure. Sin comprenderle bien, creo haberle entendido, y hasta pienso que es posible que yo acabase pensando como usted. No le extrañe mi turbación. He sabido demasiadas cosas en un momento. Yo tenía mis ideales. Confusos aún. Mezclados entre sí, sin que ninguno se precisara con especial relieve. Usted, con unas palabras ligeras, los ha destruído todos.

ADR.—(*Dándose cuenta.*) ¿Yo?...

CAN.—No se disculpe. Era fatal. Indudablente en rededor mío han hecho una vida artificial y el artificio ha crecido mi alma, nutriéndose con sentimientos y esperanzas que no me correspondían, que no debían ser míos. Usted me ha hecho ver claro... ¡Aún se lo debo agradecer!

ADR.—(*Con acento sincero.*) Pero ¡sepamos de una vez, Cándida! ¿Quién es usted?

CAN.—(*Rompiendo a llorar y yéndose.*) ¿Qué le importa? ¡Una!

¡na de tantas! (*Váse Cándida. Entra Doña Angelita. Como un lámpago se dirige haciu la puerta por donde se ha ido Cándida.*)

NG.—¿Llora? (*Adrián fuma nerviosamente.*) ¿Qué has hecho con a criatura, infame? ¿Qué le contabas?

DR—Nada. La alecciónaba, simplemente. Parece bastante ándida, como dice su nombre.

NG.—¿Te dijo su nombre?

DR—No me engañó, veo. El de pila solamente ¡Es muy inte-esante la muchacha!

NG.—(*Conteniendo su ira.*) Pero no tu género. Su inocencia rfecta escapará a las artes de tu seducción. Ignora dónde está. o sabe siquiera quién soy yo.

DR.—Mucho esegurar es eso.

NG. (*Llena de ira, al comprender.*) ¿Habrás sido capaz de ex-icarla? (*Adrián calla y sonríe.*) ¡Oh! ¡Miserable! ¡Mil veces iserable! ¡Un solo instante que tuve yo que salir para evitar a auia una desgracia, y tú lo aprovechaste para....! ¡Debí pensar-! ¡Sí debí preverlo! ¿Tan abominable eres que mientras yo evito muerte—porque te aseguro que Carlos es de los que matan— te dedicas a emponzoñar la sola alma pura que hay en esta ca-? ¡Así mil plagas caigan sobre tí y cien generaciones de tus hijas an llamadas con el peor de los insultos!

DR.—(*Con burla*) Maldición gitana. ¡Suerte que no soy supers-cioso! Pero a una hija no la defenderías más.

NG.—¿Y si lo fuese?

DR.—¡Mejor! Saldría a la madre y resultaría adorable Tus einte años debieron ser embriagadores.

NG—Eres monstruoso, Adrián. No mereces lo que te estimo. ero tú respetarás a esa mujer, porque yo te lo mando, porque yo lo ruego, si es presiso. ¡Sé bueno, Adrianito, y no me disgustes!

DR.—¿Si usted me ofreciera una buena compensación?....

NG.—Dedalito de miel te daré, que dicen en mi tierra. O pi-ienta picante o granito de sal. Y si no te basta, como a un sul-n: ¡las rositas a manojos para que digas ésta me gusta y ésta quiero!.... Lo mejor de España tendrás, si te pones en razón.

DR.—En tono menor se me convence siempre. ¡Venga pronto e harén y a olvidar! Renuncio a ella. ¿Estas contenta?

NG.—No esperaba menos de tí.

DR.—Pues hasta mañana entonces. (*Adrián se va. Apenas a salido, doña Angelita, con súbito presentimiento, grita.*)

NG.—¡Adrián!

ADR.—*(Volviendo)* ¿Decías?

ANG.—Sí Decía que tú y yó no podíamos engañarnos. Te conozco demasiado. Me conoces también y acudes a la astucia. Tu conformidad es una mentira.

ADR.—Y tus informes sobre esa mujer también. Has acertado. No la deseo; la codicio.

ANG.—Pues lógrala, si puedes. Pero oye. Desde que el granuja de mi marido quiso llevarme una noche, por fuerza, sin conseguirlo, a casa de otra doña Diabla, y me convencí de que las uñas y los dientes de una mujer son armas demasiado frágiles para su defensa, siempre me he hecho acompañar de un rápido y pequeño guardián. Tan pequeño es que cabe en un bolsillo. *(Mostrándole un pequeño revólver.)* Por fortuna para todos, no he tenido que utilizarlo nunca; pero ¡si vieras qué eficaz me ha sido su sola presencia algunas veces!

ADR.—¿Es una amenaza?

ANG—Es una curiosidad artística, puramente.... Para una panoplia.

ADR.—De muy buen gusto ... ¡pero de muy mal gusto! *(Riéndose.)* El terror que me causa es pueril, doña Diabla.

ANG.—*(Cogiéndole de un brazo y bajando la voz.)* Y si te digo que, efectivamente, es mi hija, ¿crees que te mataré?

ADR.—Puede ser.... Pero no lo aseguro. Si mataran todos los que tienen motivos para matar. ¡Vaya, señora, buenas noches! *(Vase Adrián. Doña Angelita se dirige a la puerta de la derecha y llama.)*

ANG—!Ven aquí, Cándida! *(Sale Cándida.)* ¿Qué te dijo Adrián?

CAN.—Vanalidades y enormidades. Nada extraño aquí, según he podido entender, y lo que más me agradó de él fué la claridad. Podrá haberme engañado, mentido; pero en redondo, sin dar lugar a dudas.

ANG.—¿Qué es lo que te ha dicho?

CAN.—No quisiera repetirlo, madre. *(Pausa.)* Ha sido una tarde provechosa. Alégrate. Después de todo, nos han ahorrado una explicación enojosa y nos han dado la situación resuelta.

ANG.—¡Eso no, Candida! ¡No quiero oírte hablar así! ¡Ese hombre ha mentido! ¡Todo lo que te dijo es falso! ¡Todo! ¡Le gustas! Te desea. Busca tu perdición y ha urdido un modo monstruso de lograrla.

CAN.—¿Cual?
ANG.—Calumniarme y avergonzarte, para que tu inferioridad y tu dolor le hagan más fácil su propósito. ¡No! ¡No le oígas jamás! Median ódios mezquinos. Cuestiones de dinero. Me aborrece. Me difama. Me hace todo el daño posible. Procurará el tuyo también. ¡Es el mal! ¡Es el pecado! ¡No le oigas!
CAN.—*Que se ha quedado mirando a su madre con extraña fijeza. mezcla de duda y de desprecio. calla un momento. Luego replica, con un suspiro*): ¡Lastima! ¡Es simpático Adrián Tenorio! Pero no te excites, madre Si lo dicho por él fuera verdad, con cambiar mi método de vida adaptándolo al medio, se solucionaba todo. Lo que yo quiero es vivir la vida, sea como sea. ¡Lo siento, porque, repito, Adrián Tenorio es muy simpático!
ANG.—Con tanta simpatía como maldad.
CAN. –En él la maldad parece un atractivo. Como si la naturaleza se la hubiera dado por sí, espontáneamente, para subyugar No sé qué tiene. Se le conoce en seguida que es malo, que seguramente busca nuestro daño, y, sin embargo, se gana nuestra simpatía.
ANG—Eres diabólica!
CAN.—Naturalmente Como hija de doña Diabla.
ANG—Pero.... ¿te ha dicho?
CAN.—¿Lo ha inventado también? (*Pausa. Daña Angelita, anonadada, baja la frente.*) Sí, madre. es de una maldad extraña que atrae sin engañar. Tu dices que es el mal, que es el pecado. ¿Te lo explicas ya? El pecado no es embustero nunca. Nos dice el daño que nos va a causar y, sin embargo, pecamos. Comprendo que las mujeres tengan amores con él y hasta que les engaña fácilmente. Carlos no es así.
ANG—¿Comparas?
CAN.—¿Como no? Son los dos únicos hombres que he conocido, madre: Carlos ès bueno. Hay que quererle para siempre Pero no subyuga, no domina, no manda. Esta es la palabra justa: mandar. Ese hombre parece que manda porque debe mandar; porque ha de ser obedecido fatalmente.
ANG—¿Qué espantosa realidad significan tus palabras? Pero ¿de que pasta o materia estás hecha, que ni un minuto que hables con un hombre impresiona tu espíritu profundamente?

CAN —¡De carne, madre, como tú! ¡De carne de mujer! Pero no te alarmes. Ese hombre me ha causado demasiado mal para guardarle un recuerdo que no sea odio. Y callemos, que ahí está Carlos.

ANG—¿Carlos?

CAN —Yo le he llamado. ¿Puedes ahora oponerte a ese capricho mío? ¿Con qué autoridad?

ANG.—¡Con la de madre! Aunque todo lo dicho por Adrián fuera verdad, yo el ser más abominable de la tierra y esta casa la más abyecta del mundo, sobre todo ello, para tí, que tanto amas las verdades, se levantaría una verdad irrefutable: ¡Mi amor maternal! ¡De éste sí que no tienes derecho a dudar! ¡Este es tan puro como el de la mujer más honesta de la tierra! (*A Carlos que aparece en la puerta del foro.*) Adelante, Carlos. (*Carlos Avanza. Ella le tiende la mano.*) Ya sé que papá va mejor. Tu madre acaba de decírmelo.

CAR —¿Estuvo aquí? (*Gesto de extrañeza do Cándida.*)

ANG.—Un momento. Llevaba prisa. No te ofendas por lo que voy a decirte, pero....

CAR —(*Atacándola.*)Lo sé. Que mi presencia no es de su agrado. Discúlpeme.

ANG —Os queréis y es natural que procuréis veros. Pero debes tener paciencia hasta que las cosas puedan seguir su camino recto. Tus padres no saben nada.

CAR —Si es por eso, yo se lo diré hoy mismo.

CAN —(*Interviniendo.*) No conviene precipitarse.

ANG —Piénsalo bien antes, y demos tiempo al tiempo. Hoy sea. Pero que no se repita.

CAR —Descuide usted. (*Doña Angelita se vá.*)

CAN.—¿Lo vez? No quiere. Tendremos que dejarlo.

CAR.—¡Te adoro demasiado, chiquilla! para que existan dificultades capaces de hacerme renunciar! ¿No estás contenta? ¡Mírame a la cara! ¡Vengo más alegre! En el breve tiempo que ha pasado desde que hablamos al teléfono hasta ahora, se ha decidido mi porvenir mejor que yo esperaba. Lo de la hidroeléctrica es un hecho. ¡Voy de subdirector! ¡Vaya carguito! Quince mil pesetas de sueldo y un tanto por ciento en los beneficios. Empezamos en enero. ¡Es un hecho! ¡Cándida, es un hecho! La vida nos sonríe. Se han disipado unas dudas que me atormentaban y el porvenir se presenta fácil y lleno de promesas. Suerte que tenemos, chiquilla! Pero.... ¿No me oyes?

CAN.—(*Que no participa de su alegría, maquinalmente.*) Sí Sí.
CAR.—Y el domingo jugamos con el Irún el campeonato nacional. ¡Suponte qué fuerza me va a dar la alegría, y las reverendas patadas que voy a repartir! ¡Es la fija! Tres a cero y ¡a otra cosa! Por supuesto, que la otra cosa eres tú, siempre tú. ¿En qué piensas, que estoy habla que habla y con seguridad no te has enterado de nada?
CAN.—De todo. A estar embelesada llamas estar distraída. ¡Qué poca sagacidad!
CAR.—Ninguna. No sé qué es eso. Yo no sé filosofar.. Mis ideas son todas exteriores. Necesito verlas palpablemente, como las cosas materiales. Todo lo más, expuestas por medio de signos, como un cálculo en la pizarra. ¡Filosofar! ¿Para qué sirve eso? ¡Vivir, y nada más que vivir!
CAN.—¡Todos ansiamos vivir; pero nadie sabe cuál es la verdadera vida!
CAR.—Lo que más nos guste. ¿No hubo un poeta—me parece que fué Becquer, yo en estas cosas estoy pez—que dijo: "Poesía eres tú!"; pues yo, poniéndome cursi, te diré: "¡Vida eres tú!" (*Riéndose y queriendo abrazarla.*) ¡Tu! ¡Mi vida!
CAN.—(*Rechazándole con dulzura, pero enérgica.*) No seas loco.
CAR.—¡Lo dices en un tono! No pareces la misma de antes! La que con el quitavergüenzas del articular, me invitabas a las mayores atrocidades y hasta me proponías el rapto. ¿Te sientes mal? ¿Has tenido algún disgusto? Ya sabes. No hay como el tratamiento hidroterápico: ducha fría, friccionamiento, reflecciones . . ¡Y a otra cosa!
CAN.—¿Crees que bastará?
CAR.—¡Es la hija!
CAN.—Cuando la pereza viene del espíritu no se sacude con gimnasia ni duchas.
CAR.—¿Vas a ponerte romántica?
CAN.—¿Quién sabe? Te acuerdas de una tarde, aquí mismo, en que tú llorabas porque habías dudado un instante de algo sagrado en tus afectos? ¿Te acuerdas de que yo, que escuchaba tras de esa puerta, salí tímidamente, cuando estabas tú sólo y me ofrecí a ayudarte a buscar a tu madre?
CAR.—(*Conmovido.*) ¿No he de acordarme? ¿Si de aquellas palabras tuyas nació el amor que te tengo?
CAN.—Pues de igual manera, hoy, podía rogarte: Acompáñame a buscar a la mía, que se me ha perdido.
CAR.—Como no te expliques mejor . . .

CAN.—Sí, Carlos. Mi madre está aquí, en casa, corporalmente. Acabas de verla, de hablar con ella. Pero la otra, la que yo guardaba en mi corazón, la que yo reverenciaba: el alma de mi madre, se me ha perdido de pronto. ¡Yo, como tú aquel día, estoy desesperada! La busco por todas partes, sin salir de casa, y no la encuentro tampoco. ¿Qué ha sido de ella? ¿Dónde está? ¿Quién me dará razón de mi mamita querida?

CAR.—¡Cándida! Tú desvarías. Debes tener fiebre. Parece cosa de locos lo que dices. Tu madre está aquí, es buena y te quiere. Cien veces me lo has dicho. Acuéstate ¡Es lo mejor! ¡Dormir y un buen ponche!

CAN.—¿Eso es todo lo que me dices? ¡No comprendes mi dolor!

CAR.—Ni tú tampoco. ¡Vete a explicar las quimeras de la fiebre!

CAN.—Tienes razón. ¡Eres un hombre demasiado rectilíneo para entenderme! ¡A otra cosa!, como dices con tu pertinaz estribillo. Necesitarías un poco de sensibilidad fatigada para adivinar sin explicasiones. ¡Esto es patrimonio de ciertos hombres que simbolizan el pecado, y tú eres rectilíneo como la misma virtud! No me hagas caso, pero déjame. Estoy muy nerviosa y quiero seguir fielmente tu consejo ¡y dormir!

CAR.—¡Patosa indisposición! ¡Con lo felices que nos las prometíamos!

CAN.—¡Ya lo seremos! ¿Si tú no varías. . . ?

CAR.—¿Yo? Por nada.

CAN.—¿Ni por un desengaño muy grande?

CAR.—Ni por mil desengaños.

CAN.—¿Ni por cuestiones de casta?

CAR.—Me río de ellas.

CAN.—¿Ni por la imposición de tu familia?

CAR.—Ni por la del mundo entero.

CAN.—¡Qué fácil es hablar!

CAR.—Te quiero, serás mía, y ¡a otra cosa! No entiendo lo demás. Yo soy un profesor de energía, como dice un chico de la Institución que está en mi equipo de *foot-ball.*

CAN.—¡Que no te flaquee nunca! (*Teniéndole la mano.*) Y basta. No abusemos de mi madre.

CAR.—¿Mañana?

CAN.—Sabrás de mí.

CAR.—¡Pochola! ¡Si sueñas, que sea conmigo! (*Vase Carlos. Cándida se dirige a la puerta de la izquierda y llama.*)

CAN.—¡Madre! ¡Ven! (*Sale doña Angelita.*) Dime la verdad.

Desde que entró Carlos y cruzásteis las primeras palabras, anhelaba que se fuera para confirmar mi idea. Su madre ha estado aquí.
ANG.—Ya lo has oído.
CAN.—Pero ha estado.. para verse con Adrián.
ANG.—No. La prueba es que no se han visto.
CAN.—Porque no haya sido posible; pero a verse venían. En un instante me he dado cuenta de todo. Del horror de tu vida, de la farsa en que me has hecho vivir. Espero a saber las razones que tuviste para proceder así y luego juzgaré. Habla. Pero piensa que soy tu hija. Que estoy dispuesta a sacrificarme por tí y que, por lo mismo, te exijo la verdad desnuda, por amarga y vergonzosa que sea.
ANG.—Yo no esperaba este derrumbamiento de mi castillo de arena Te había cogido al nacer, y apartándote de cuanto podía mancharte, te había cercado con una muralla que a mí me parecía de piedra y era, menos que de arena, de humo. Pero mi obra se viene abajo. Es mi castigo. No sólo lo acepto, sino que hasta la última gota de mi sangre daré por recomponerla y apuntalarla, para que, frágil y todo, tú no puedas salir de su recinto. Y será carga ligera para mí, si logro que no té veas arrastrada en la avalancha de la verdad. No esperes que te diga mis culpas. Supóntelas todas: las más abominables, las más depravadas. Despréciame, ódiame o mátame. Me es lo mismo. Pero manchar tu pureza haciéndote conocer todas las miserias y lacras del mundo por las que yo he pasado o las que yo he sufrido, jamás. No quiero confesar. Las razones de mi pasado no te importan. Las del presente, se reducen a una sola, imperiosa y sagrada: tú. Tu felicidad.
CAN.—¿Mi felicidad? Es posible que digas eso? Pero no te das cuenta de lo que has hecho?
ANG.—Sacarte del légano en que naciste y elevarte a los cielos, dignificándote.
CAN.—¡Precisamente! ¡Ese es tu error! Dignificar a quien nunca podía ser digna. ¿No lo estás viendo ya? Me has puesto en condiciones de que Carlos me ame y Carlos no será mi esposo. No lo será porque su madre viene a tu casa para buscar la clandestinidad de sus pecados, y no es posible que entregue un hijo a la hija de su cómplice. No lo será, porque, fatalmente, Carlos lo sabrá todo y me arrojará al rostro su propia deshonra. No lo será porque yo no quiero que lo sea que se avergüence de mí. Y al no ser mi esposo, querrá ser mi amante, y para eso, Carlos no me sirve Y tantas veces como un hombre honrado se acerque a mí, tantas veces huirá de mi lado con el espanto en los ojos.

ANG.—Entonces, ¿quieres decir que te he condenado a la irredención y te he impedido a la vez la caída, porque repugna a tus gustos? Es decir, ¿que te he cerrado los dos horizontes: el del bien y el del mal? Entonces, ¿me hubiera valido más adaptarte desde niña al medio, con tiempo, para que no te ahogaras ahora con él, como te ahogas?
CAN.—¡Eso! En todo, hasta en la culpa, es ley inexorable seguir la tradición de nuestros padres.
ANG.—Luego ¿la Humanidad es irredenta? Así me pagas el bien que te hice o quise hacerte. Esta es mi obra, ¿verdad? Me desprecias, me odias y, lo que es peor, me acusas de tu decencia como de una desgracia. Cada día comprendo menos el corazón humano. ¿Qué es lo que quieres entonces?
CAN.—Vivir. ¡Como sea! Pero vivir. Sin falsedades ni hipocresías. Una vida buena o mala; pero sincera, derecha a un fin. ¡Amar! ¡Eso es lo que quiero! ¡Lo llevo en mis venas, madre! Como una ansiedad inexplicable, desde niña. ¡Soy toda llama, madre! ¡Estoy hecha de fiebre y de pasión y tú has avivado mi hoguera, pero me quitas el aire que la nutre!
ANG.—Entonces, ¿todo lo que haga por salvarte será inútil?
CAN.—Totalmente. Tú, que me has dado la vida, me has dado el instinto, y como, a la vez, me has inutilizado los caminos honorables por donde podría guiarle, más tarde o más pronto saldrá a la superficie y lo arrollará todo. ¡Es mi sino, madre! ¡Es mi sino!
ANG.—(*Con acento de supremo dolor.*) ¡Diabla! ¡Has perdido tu tiempo! ¡Maldita seas!—TELON.

ACTO TERCERO

La misma decoración de los actos anteriores. Es de noche. Doña Angelita sola, al teléfono.

ANG.—¿Laura? . . Sí . . Carta de Carlos . . Desde París . . Grandes sorpresas. Cosas graves . . No. Su salud, perfecta . . ¿Puedes venir? . . Urge mucho . . Bien. Te espero. (*Doña Angelita deja el teléfono. Sale Cándida. Está cambiada, ojerosa, pálida. Más delgada. Viste un magnífico kimono o pijama, muy rico y llamativo. El pelo, tan corto y tan planchado hacia atrás, que casi parece un muchacho. Anda con aire extraño, como de quien ha perdido el centro de gravedad. Su mirada es vaga, indecisa. Después de orientarse, con torpeza, se dirige al diván, y casi se tumba en él.*) ¿Tampoco hoy has cenado?

CAN.—Nada me apetece.
ANG.—¡Hija! ¡Hija! ¡Qué mal camino llevamos! (*Acercándose a ella.*) ¿A ver? Se te cierran los ojos. ¿Donde estabas? Qué hacías?
CAN.—En el gabinete negro. Soñar.
ANG.—¡Simpre allí! Ya he dado orden de que lo quiten. Mañana vendrán.
CAN.—Mal haces. ¿Que daño te causo con ello? Es mi retiro. Es mi Edén.
ANG.—Es tu tumba. Con razón lo calificaste así el primer día. ¿Quién iba a decirnos que aquéllo era una profecía?
CAN.—Si no allí, sola, en silencio, olvidada de todo, será en este diván o en mi propio lecho. . . o en cualquier sitio. Todos son buenos para mi hastío de la vida.
ANG.—¡Tu hastío! Y eres tú la que ansiaba vivir?
CAN.—Errores del tiempo. Entonces, cuando vivía, plena de posibilidades y esperanzas, no sentía la vida arrolladora que latía en mis venas, y anhelaba este hoy, todo tristeza, cansancio y disgusto. La ponzoña de esta casa se me ha metido en los huesos. ¡Razón tenía Cloti! Es como el aire del campo, ¡pero que al revés!
ANG.—Porque te obstinas en suicidarte. Yo abandoné mis costumbres; en esta casa todo ha cambiado y se ha ordenado para tí. Y, sin embargo, tú no quieres revivir.
CAN.—¿No tengo razones para ello?
ANG.—Razones, sí. Pero Juventud también Y vida larga y jugosa por delante para olvidar y emprender nuevas rutas. (*Bajando la voz.*) Lo que pasa es que ese hombre te ha embrujado y estás como los que sufren maleficio: sometida a la tortura permanente de una fuerza superior a tí, que te consume y te mata.
CAN.—No hables de ese hombre, que no hay por qué mezclarle en nuestras cosas. Tú le trajiste aquí. Tú, sin querer, le pusiste en mi senda. Pero él se fué y nadie ha vuelto a verle en esta casa.
ANG.—Por mí, que antes la prendería fuego que dejarle pasar. No por él, ni por tí, que le meterías en ella. ¿Crees que no te conozco? ¿Crees que ignoro el daño que te está haciendo? Es un criminal, pero peor que los que van al patíbulo; pues goza en hacer el mal y no se le puede acusar concretamente de nada. ?Quieres que salgamos? Tenemos palco.
CAN.—No. Deseo acostarme. No me sacio de sueño.
ANG.—Parece una enfermedad. No sé qué me da verte. Ganas de llorar o de pegarte. Cuando te hallo en ese estado especial, como borracha, pero con una borrachera plebeya y estúpida, como

una bestezuela embrutecida, se me hace un nudo en la garganta y me tengo que ir a llorar a mi cuarto para ocultarte mis lágrimas.
CAN.—¿Quieres dejarme? Ya sé que soy un fardo inútil, hasta un cuadro desagradable muchas veces, pero yo me busco mis rincones y en ellos me estoy hecha un ovillo. . . Déjeme siquiera la libertad de anularme.
ANG.—Ya estás dejada, ya. Te pondré un vaso de leche en la mesilla.
CAN.—Agua. Sed tengo siempre. (*Cándida se ha levantado como para estirarse, y se ha vuelto a sentar. Los nervios no la dejan un instante tranquila. Luego se ha vuelto a levantar repentinamente y se va. Doña Angelita la ve marchar con profunda compasión. Clotilde, que ha salido en el mismo momento, también la contempla con lástima.*)
CLO.—¡Pobre señorita! ¡Pena da verla!
ANG.—Pena y desesperación. (*Pausa.*) ¿Sabes algo?
CLO.—Nada. No hay modo de descubrirlo. Por fuerza, han de ser brujos, para entenderse. Ella no sale de su cuarto. Ella no se acerca jamás al balcón ni al teléfono. El parece haberse muerto. Ni ronda, ni pregunta, ni envía a nadie ... . . . Aquí no llega una carta ni un continental. Pues como no se filtre por las paredes,no hay otro modo.
ANG.—Y, sin embargo, ellos están en comunicación, y él la proporciona las drogas malditas. ¿Cómo? ¿Por dónde? ¿Con quién? Te digo, Clotilde, que algunas veces temo enloquecer pensando en todo esto. ¡Y mientras tanto, mi pobre hija, consumiéndose, embruteciéndose y muriendo poco a poco por el capricho de ese canalla! No sé si podré resistir. Un día de los tantos en que se me parte el corazón al mirarla, busco a ese granuja y piérdase quien se pierda, salvándose ella. (*Pausa.*) ¿Han cerrado el portal?
CLO.—Todavía no. ¿Ha de venir alguien?
ANG.—La señorita Laura. La he avisado yo. Llámame cuando llegue. (*Vase doña Angelita. En seguida vuelve a salir Cándida.*)
CAN.—¿Quién dice que ha de venir?
CLO.—(*Que estaba de espaldas y no la ha visto llegar.*) ¡Ah! ¿Usted? ¡Me da usted cada susto! ¡Como no se la oye andar! La señorita Laura.
CAN.—¿A qué viene aquí esa mujer?
CLO.—A nada bueno, de seguro. ¡Nos había dejado en paz mucho tiempo! Desde que se fué el señorito Carlos no había vuelto a pisar esta casa.

CAN.—¿Qué nombre has dicho?
CLO.—El señorito Carlos.
CAN.—¡Carlos! Tambien hacía tiempo que yo no lo pronunciaba.
CLO.—¿Ni con la memoria?
CAN.—Ni con la memoria.
CLO.—¡Parece mentira! Diga, señorita. ¿No voy a saber nunca lo que sucedió? ¿No va usted a tener confianza para contármelo?
CAN.—¿Por qué no? Toda una historia de egoísmo en los suyos y de cobardía en él. Carlos lo descubrió todo. La falta de su madre, el deshonor de la mía, nuestra desgracia. A pesar de ello siguió queriéndome. Pero la torpeza de su madre, que urdió una estratagema para alejarle de mí con no se que supuesta comisión al extranjero le descubrió tan descaradamente el contraste de aquel velar por su honor, junto al deshonor oculto de quien le había dado el ser, que aceptó la salida y huyó, por no matar.
CLO.—¿Por no matar?
CAN.—Sí. Carlos es de los que plantean los problemas así: todo o nada. De haberse quedado, hubiera matado a alguien: a su madre o al amante. ¿Quién sabe si a la mía o a mí? Lo que él más quería le había hecho traición, y tuvo el valor de huir.
CLO.—¿No se lo decía yo? Cásese pronto; después no podrá. Y desde que se fué. ¿no ha vuelto a saber de él?
CAN.—Nada. Como si se hubiera muerto. De todas maneras, es lo mejor que pudo sucedernos. (*Pausa. Cándida habla con cierta excitación. Se mueve. Alarga el cuello. Respira con dificultad. Ha encendido un cigarrillo y fuma con deleite.*) Los primeros días me torturaba en razonar las causas de su conducta. ¿Tan pegado es a las leyes sociales y a los convencionalismos establecidos—me decía—, que a mi, inocente de todo, me envuelve también en su desprecio, como a los demás? Y me sentía pesarosa de no haber ido tras él, y hasta lo consideraba un deber y, desde luego, una liberación.
CLO.—Todavía es tiempo.
CAN.—No. Ya se ha cumplido nuestro designio. Ya estan todos tranquilos. Su madre, considerando que le ha librado de un gran peligro y convencida de que esta acción redentora puede aminorar sus culpas. La mía resignada y tranquila, porque el vendaval ha barrido su casa de malas semillas, y aguarda días de bonanza para ella y para mí. Y él curado de una mala pasión que estuvo a punto de poner en peligro su porvenir y su dignidad. Ahora, a esperar unos años, a apañar una boda bien calculada y a reproducir

otras Lauras y otros Carlos que sean, mañana, verdugos de otras pobres mujeres como yo. Sólo yo, víctima de todos, quedo aquí, anulada, deshecha, y lo que yo quiera hacer de un cuerpo joven por el que vaga un alma cansada como dentro de una caja vacía. Ya conoces toda esta historia de egoísmo urdida en torno al amor, y en la que el amor ha sido el último de los sentimientos barajados.

CLO.—En esta casa todos tienen razón oyéndolos. ¡Sí que es triste, señorita!

CAN.—Un día lo fué. Ahora, no. Ahora mi vida es mía, me pertenece a mí sola y nadie puede penetrar en ella ni adivinarla siquiera. Me han enseñado a ser cautelosa, fría y egoísta.

CLO.—Han llamado.

CAN.—Lo he oído. Ya me voy. Que pase. (*Poniendo el cigarro en un cenicero.*) Dejo aquí la colilla. ¡Buen chasco se va a llevar! Creerá que hay hombres todavía... Si te pregunta dila que soy yo, que fumo, que bebo, y hasta que digo palabrotas. Para que se alegre una vez más de su obra. ¡De buen pécora se libró el arcángel de su hijo! (*Vase Cándida. Entra Laura y casi al mismo tiempo doña Angelita.*)

ANG.—Me figuré que eras tú.

LAU.-¿Noticias graves de Carlos? ¿Deveras le afectan a su salud?

ANG.—Afectan a nuestro viejo pleito. Afectan a Cándida.

LAU.—¡Respiro!

ANG.—¡Siempre tan generosa! (*Pausa.*) Temí que no vinieras. Como has podido, a estas horas?. . .

LAU.—¿No lo sabes? Verdad que ya no va usted por casa. Pues ahora que no lo necesito, ahora que hago una vida morigerada y estrecha, libertad completa. Como si yo no existiera para Pepe.

ANG.—¿Llegó a enterarse?

LAU.—No. Su dignidad le hubiera dictado algo propio de un hombre de honor. Dudó, eso sí. Aunque dudó afortunadamente, cuando ya nada existía, y no pudo comprobar. Pero le ha bastado la duda para hacer el vacío entre los dos. Se ha desterrado de la casa. Vive en el casino. Jamás me pide cuentas de lo que hago ni de donde voy. ¡Qué pena, Angelita Mi casa es un hogar deshecho, más frío y solitario que si estuviera vacío, porque lo abitan sombras. Cada cual, por su lado. Ni un afecto nos une. Y ahora es cuando siento más ansia de ser decente y honrada, como si quisiera volver a unirnos a todos, yo que fuí quien los separó. Cuando es imposible! ¡Y todo ello por culpa de usted! !Ay, doña Diabla!, qué bien la pusieron el nombre!

ANG.—¿Por culpa mía?
LAU.—Sí, todo el mundo tiene malos pensamientos. Todo el mundo ha tenido una hora de tentación, una ocasión propicia . . pero ¡a cuanta gente le ha faltado el medio, la manera de dar realidad al pecado, y se ha salvado de él! Ud. fué eso. El medio. La materia viva del pecado. ¡A usted, a usted la debo toda mi desgracia!
ANG.—Pues bien vengada estás. Lo único que amamos las dos son nuestros hijos, y tú has salvado al tuyo, pero—¡óyelo bién!—a costa de la mía. ¡Mira si te has vengado! ¡Mira si te has cobrado con creces el daño que te hice!
LAU. (*Secamente.*) Bien. Estamos en paz. ¿Qué es lo que sucede?
ANG.—Que Carlos vuelve.
LAU.—¡No!
ANG.—Que viene por Cándida.
LAU.—¿Pero está loco?
ANG.—Y que no podemos evitarlo.
LAU.—Usted no; yo sí.
ANG. Ni tú ni yo. Sabes con qué constancia, desde que se fué, ha venido escribiéndola. Todas sus cartas, desde la primera, que intercepté, están en tu poder, porque te las he entregado. Gracias a esto, Cándida parece haber olvidado ante lo que cree ingratitud. Pero lejos de aminorar la pasión de él, se la hemos avivado poco a poco.
LAU.—Pues todo tendrá remedio.
ANG.—Difícil lo veo; tu hijo, acaso a estas horas, está ya en Madrid. Escucha. (*Saca una carta y lee.*) "Ni una carta tuya. Ni una palabra desde que nos separamos. Yo, fiel siempre. Cansado de esperar, voy a buscarte. Te juré que serías mía y me llamaste simple rectilíneo, como si constituyera un defecto. Si no fuera rectilíneo, hace ya tiempo que habría variado mi rumbo apartándote para siempre de mi vida. Como lo soy, si aun me esperas, huiremos juntos. Sin estarlo, viviremos como casados, libremente. Voy. Hasta puede que llegue antes que esta carta. Me prestan un "Rolls" para el viaje y excuso decirte que, puesto yo al volante, con el corazón fijo en tí, devorar el camino será ir despacio"
LAU.—¿Y que podemos hacer? A mi no se me ocurre
ANG.—A mi sí. Puesto que sigue queriéndola, sea suya. Casémoslos. (*Gesto de asombro de Laura.*) Casémoslos y vayánse a vivir al extranjero. Si tú no quieres coadyuvar a ello, tomo a mi cargo su vida. Nada les faltará. Lejos de nosotras, a cubierto de in-

dagatorias peligrosas, ellas serán felices y nosotros podremos esperar tranquilas nuestra hora. Esto es lo que quería decirte. Para esto te he llamado.
LAU.—¿Pero usted se halla en su juicio?
ANG.—¡Temía que me dijeras eso!
LAU.—Cada vez estamos más en desacuerdo.
ANG.—Yo, más extraviada; tú, más sensata; ya lo sé. No obstante, te ruego, te suplico que reflexiones en mi proposición y accedas a ella. Es la única solución eficaz.
LAU.—(*Con gran desprecio.*) ¡Eficaz para usted! ¡Para mí no! Ya entonces pensó usted en casarlos, como hoy; pero, al oponerme yo, comprendió lo absurdo de su proyecto y renunció a él. Ahora vuelve usted a lo mismo; usted sabrá por qué. Usted sabrá qué peligros amenazan a su hija para querer casarla con Carlos, sea como sea, pero inmediatamente.
ANG.—Pero escúchame, mujer, que pareces de carne y eres de piedra. Escúchame lo que entre todos hemos hecho de mi pobre hija y dime luego si no es para compadecerme y para disculparme por muy diabólica que te parezca doña Diabla. (*Pausa breve.*) Cuando me encontré con esta niña en mis brazos, dos pensamientos me asaltaron de pronto: matarme con ella, para hurtársela a la vida, si la destinaba mi propio porvenir, o dedicar desde aquel instante toda mi existencia a su amor y a su guarda. La nena me miraba con sus hojitos claros y opté por lo segundo. Lo primero que hice fué ocultarla a todos, como esas lobas que escarban una madriguera escondida para librar a su cría de asechanzas y sorpresas. Hubiera podido reducirme a vivir pobremente, a trabajar como una artesana que cría la hija de su amor con la aguja, la vigilia y el ayuno. Pero había pasado días de hambre y el hambre me asustaba para ella, que, desde niña, participaría de mi miseria. Pensé que lo moral y lo noble era agotar mi liviandad hasta que ella fuese mujer; para crearla una base económica que la defendiera de los ataques de la vida, a la vez que hacía de ella una criatura limpia y transparente como el agua. Pero las cosas se precipitaron. Un día, Cándida se presentó aquí inesperadamente. Y sucedió lo que era fatal designio. Así como yo había sido el medio para tu caída, así tú fuiste el medio para mi desgracia.
LAU.—¿Yo?
CAN.—Tu presencia aquí atrajo a tu hijo; tu hijo, a Cándida, y

cuando ellos se amaban y yo empezaba a vislumbrar la realización de mi sueño, tu orgullo levantó su muralla entre los dos, separándolos.

LAU.—¿No habría usted hecho lo mismo en mi caso?

ANG.—Quizá. Es humano. Pero sentenciaste a Cándida. Porque descubiertas por ella las razones de la imposibilidad de aquella unión, era descubrir la imposibilidad de todo los amores honrados. Y aquí empezó su desgracia. ¿Qué ha sucedido después? No hay palabras para contarlo. Perdidas la ilusión, la esperanza y la voluntad; muertos para ella sus mejores amores, en poco tiempo, ha caído en el abandono de todas sus potencias y, lo que es peor, embrutece sus sentidos con premeditada complacencia, a fuerza de esos narcóticos espantosos que cuatro desesperados, cobardes para matarse, dieron en llamar paraísos artificiales.

LAU.—(*Con frialdad de hielo.*) Y de eso que, más que una mujer, parece un guiñapo, ¿quiere usted que Carlos haga su esposa? Usted desvaría, doña Angelita.

ANG.—(*Agotando su paciencia.*) ¿Pero no ves cristura, que en cuanto salga de estas cuatro paredes y vea una sonrisa amante y recupere la esperanza, volverá a ser lo que era? ¿Pero no ves que es su salvación lo que te suplico? ¿Pero no ves que te lo pido de rodillas? (*En efecto, ha caído a sus pies, suplicante.*)

LAU.—(*Obligándola a levantarse, pero con su frialdad cruel.*) Levántese. Yo no puedo hacer nada. Llévela a un sanatorio.

ANG.—(*Como si la hubieran cruzado el rostro.*) ¿Ni la piedad siquiera, ni el respeto al infortunio ajeno conmueven tu corazón de pecadora? (*Recriminándola con odio profundo.*) ¡Egoísta! ¡Mala y egoísta! (*Rehaciéndose con gran resolución.*) ¡Puesto que tú lo quieres, sea! Libre estoy de responsabilidad. Para nada contaré contigo; pero, óyelo bien: ¡Carlos se llvará a Cándida!

LAU.—¡Ya se cansará!

ANG.—Es posible; pero entre tanto, que sea dichosa.

LAU.—¡Ayá usted! (*Se han puesto en pié. Una pausa larga. Doña Angelita llama al timbre. Entra Clotilde.*)

ANG.—Baja a abrir a la señora. (*Laura vase en silencio. Clotilde la sigue. En seguida entra Cándida.*)

CAN.—Siempre acudes al remedio cuando ya es tarde.

ANG.—(*Sorprendida.*) ¿Escuchabas?

CAN.—Oía, que no es igual. Sin querer. No me interesaba en ello. Pero se me ha agudizado el oído de tal forma que los ruidos de la

calle resuenan en mi cabeza como martillazos en una bóveda. Figúrate si se me habrán clavado tus palabras, al descubrir que, también esta vez, me has engañado, y que Carlos no era tan infiel ni tan mudable como creí. Pero repito que es tarde. Yo no me iré con Carlos.

ANG.—¿No le quieres ya?

CAN.—No.

ANG.—¿Tan frágil es tu corazón?

CAN.—¡A saber cómo es mi corazón! Pero la poca voluntad que me queda, no es mía La tiene otro hombre.

ANG.—¡Adrián!

CAN.—Justo . . . ¡Adrián!

ANG.—Estaba segura de ello. Te reconozco, hija, un disimulo y una falsedad superiores a los míos.

CAN.—Sin ellos no habríamos podido librarnos de tí.

ANG.—Tienes razón. No quiero saber más. Hemos llegado a un límite en que mi fracaso es obsoluto. Eres libre. Desde mañana podéis ahorraros disimulos y mentiras. Has acabado en lo que siempre me espantó. Eres, como yo, una mujer liviana.

CAN.—¿Tu qué sabes, madre? ¿Tu que sabes? El mundo es muy vario, el corazón muy complejo, los sentidos muy caprichosos Ya te explicaré despacio ¡Me muero de sueño! Buenas noches, madre; que descanses. (*Cándida se vá. Doña Angelita llama.*)

ANG.—¡Clotilde! (*Entra Clotilde.*) ¡Era cierto! ¡Se entiende con él!

CLO.—¡Qué desgracia!

ANG.—¡La más espantosa! ¡La más terrible que podía tocarme!

CLO.—¿Y que va usted a hacer?

ANG.—Por lo tanto, llorar. Encerrarme en mí misma, reflecionar despacio y . . . mañana, Dios dirá. Recoge, apaga y acuéstate. Yo también quiero reposo. El cuerpo mortal protesta, egoísta, de las fatigas del espíritu. (*Clotilde apaga y se va. La escena a obscuras queda un instante sola. Entra Adrián. Se sienta en el diván, tras el biombo, y enciende un cigarrillo. Sale Cándida. Guiada por la lumbre del cigarrillo avanza hasta Adrián, en silencio. Luego, sin decir nada, se sienta también.*)

ADR.—(*Al sentirla llegar.*) ¿Ya?

CAN.—Sí. Espera enciendo. (*Enciende una lámpara de mesa que ilumina solamente las caras. El resto de la habitación, en sombras.*)

ADR.—(*Cogiéndole las manos.*) Frías, como siempre.

CAN.—Tú ardiendo.

ADR.—De emoción. La hay, intensa, en penetrar como un ladrón

o como un asesino. ¡Lo que deben gozar esas gentes! (*Pausa. Hablan en voz baja, pero atropelladamente, con miedo de ser oídos, con prisa de decírselo todo cuanto antes. Ella está más excitada cada vez.*

CAN.—Hubo marejada. Carlos viene por mí. Quieren casarme con él.

ADR.—¿Y tú?......

CAN.—¿Puedo optar?

ADR.—¡Libremente!

CAN.—¡Mentira! No me has dejado nunca ¿y me vas a dejar ahora?

ADR.—En absoluto. Quiero probarte. Estoy seguro de que no te irás.

CAN.—¿Por qué?

ADR.—Porque me quieres.

CAN.—No. Porque me dominas.

ADR.—Es igual

CAN.—¡Qué ha de ser! El querer nace de la libertad. Obedeciendo, se aborrece.

ADR.—Tú no.

CAN.—Ignoro si es aborrecimiento, idolatría o todo junto. No sé analizar el sentimiento que te profeso. Sé solamente que hubiera querido no conocerte nunca, y sé también que ya no podría estar nunca sin tí. Me has inutilizado para el mundo de fuera y me has descubierto un mundo interior, abominable y perverso, en el que me encuentro muy a gusto. Y sin embargo, no te quiero, no. La desgracia más grande de mi vida, con ser tantas las que sufro, sería tener un hijo tuyo.

ADR.—Por orgullo. Porque sabes que soy superior a tí.

CAN—¿Superior?

ADR.—¿Quien puede serlo más que el que posee el secreto de escapar de las garras de la vida, creándose otra artificial y felizmente engañosa? ¿Quién te ha borrado esos terrores físicos que la gente normal siente hacia todo lo desconocido y enervante? Ahora mismo estás borracha de opio. Te has pasado el día entregada a los deleitos de nirvana, en un absoluto olvido hasta de tu propia existencia. ¿Y no eras, en esos momentos, mucho más perfecta, mucho más pura que tu propio espíritu en su estado ordinario hasta los momentos de perfecto equilibrio? Sí, Cándida, sí. Los indios, que con su oriental experiencia remotísima saben mucho más de estas cosas que el joven y superficial occidente, asignan a

sus faquires superioridad divina, y el propio Buda no era más que un faquir soñoliento, poseedor del más profundo sentido de la vida. Como a un pequeño brujo oriental, me adoras tú, sugestionada y agradecida. Sugestionada por cierto poder magnético; agradecida, porque el placer supremo de tu vida es la suspensión de todas tus potencias espirituales en el vacío absoluto. Me adoras, Cándida, me adoras, esta es la palabra, porque en vida te he enseñado a gozar de la muerte.

CAN.—¡Oh, calla, calla! ¡Me horrorizas! ¡Me espantas! No sigas hablando.

ADR.—No sigo. Variemos el tema. ¿Estás dispuesta? De hoy no ha de pasar. La casa nos espera. El rincón de nuestros placeres nos aguarda. Vas a él como la esposa virgen a sus nupcias de amor. Mi fantasía febril, mis propias manos ávidas de suavidades, que acarician el terciopelo y la seda con delectación morbosa; mis ojos, sabios en tonalidades y penumbras, fatigados de luz y de brillos; mis sentidos todos, ahitos de estridencias y desentonos, han reunido, para tí cuantos refinamientos pueden hacerte agradable la existencia. Es una a modo de gruta maravillosa, donde un ensueño decadente ofrece al amor el mejor de sus lechos. La poesía pérfida y anfermiza, muelle y tenebrosa del placer, ha tejido para tí su tela de araña. ¡Ven a ella, déjate prender en sus hilos, mécete en su columpio y serás dichosa!

CAN.—¡Pareces poeta, Adrián! (*Ella le contempla con extraño arrobamiento. Se pasa la mano por la frente, se aprita las sienes. Tiene los ojos brillantes, la respiración anhelosa. El la acaricia, mientras habla, la sugestión, la vence.*)

ADR.—El mal tiene su poesía. El Dante mismo, sin quererlo halló más interesante el infierno que los círculos celestes. En el pecado hay más que el horror. Hay los abismos negros de la duda, las claridades sujestivas de la carne, y, sobre todo, la ansiedad infinita de la infinita posesión. ¡Ven, Cándida! ¡Eres mía! ¡No puedes ser más que mía! En los brazos de otro hombre sentirías la sequeded del barro, de la materia áspera, y tú eres toda espíritu y pasión.

CAN.—(*Suplicante, pero rendida.*) ¡Por piedad, Adrián, tu voz me acaricia los oídos y me envenena la sangre! ¡Por piedad!

ADR.—¿A qué esperas aún? (*Atrayéndola hacia sí y queriendo llevársela.*) Sólo yo puedo saciar tus inquietudes y tus anhelos. Yo también deseo ser tuyo. ¡Sígueme! ¡Huyamos!

CAN.—¡No hay salvación! ¡Que va a ser de mí! Aguarda... ¡Voy!

¡Voy ahora mismo! (*Sin apartar los ojos de él, como alucinada y vencida, se va en silencio por la derecha. Inmediatamente sale doña Angelita por la izquierda.*)

ANG.—Me pareció oír... (*Alto.*) ¿Quién anda ahí? (*Da vuelta al conmutador y enciende la luz. Al ver a Adrián.*) ¡Ah! ¿Tú? ¿Por dónde has entrado? ¿Quién te ha abierto?

ADR.—(*Que al verse sorprendido hace acopio de toda su sangre fría.*) Quien otras noches. Este pequeño llavín que me han regalado.

ANG.—¿Ella? ¡Miserables los dos! ¡Miserables! ¡No te conocía bastante! Te creía un mal hombre y eres una fiera, sin más ley que tus malos instintos. ¡Me alegro! Tú, lobo; yo, hiena; a ver quién puede más. La defensa de Cándida es la única razón de mi vida. ¡Figúrate si estaré dispuesta a sostenerla!

ADR.—Pues a enemigo franco, franco el camino. Vengo por Cándida y me la llevaré.

ANG.—¡Antes os mato a los dos!

ADR.—Injustamente. Ven a salvarla.

ANG.—¿A salvarla? ¿Tú?

ADR.—A sacarla de este purgatorio, donde tanto sufre, para llevarla al infierno.

ANG.—¡Eso sí!

ADR.—Pero ¿si vieras con qué alegría y con qué impaciencia está dispuesta a seguirme?

ANG.—¡Imposible! ¿Cómo va ella a inclinarse hacia la perdición no queriéndote?

ADR.—¿No queriéndome?

ANG.—¿Crees que no lo sé? Conozco su alma minuciosamente, para ignorar que es tu esclava por el terror, por la sugestión, por el odio al pasado; por todo menos por el cariño.

ADR.—No has dicho por el vicio.

ANG.—¡No lo he dicho, porque estoy segura de ella! Porque aunque hubiera heredado mi propio ser, nunca el vicio la hubiera dominado. Su curiosidad por la vida, su ansiedad infinita de amor, ¿lo oyes?, ¡de amor!, jamás responderían a la llamada fría de los sentidos, como nunca respondieron las mías. ¡Cándida podrá no ser honrada, pero es naturalmente honesta!

ADR.—En resumen: que me la llevo, y que Cándida sale de aquí para siempre.

ANG.—¡Mentira!

CAN.—(*Apareciendo envuelta en un gabán de pieles y encubierta con un velo.*) ¡Verdad, madre! ¡Y tú no puedes oponerte!

ANG.—(*Anonadada.*) ¡Ah! Sólo tú, sólo tú faltabas para convencerme de que esto no es una pesadilla. Y, sin embargo, todavía necesito tocarte, para desengañarme de que eres tú misma, en carne y hueso, la que levanta contra mí, como un puñal, su ingratitud y su crueldad. ¿Tú? ¿Tú? ¿Te vas con un miserable que te abandonará en el arroyo, sólo por vengarte de mí, de que te quise honrada?

CAN.—Me voy por lo que siempre la he dicho. Porque quiero ser libre. Porque quiero vivir y aquí me moriría. Porque no debo perder lo mejor de mi juventud, esperando un amor honrado que nunca llegará

ANG.—Tú sabes que quizá está llegando, que acaso esté a la puerta. . . .

CAN.—Ya es tarde.

ADR.—¡Vamos! (*Cándida da con él algunos pasos hacia la puerta.*)

ANG.—(*Con angustia suprema.*) ¡No! ¡Quedaos los dos! ¡Se hará lo que queráis!

ADR.—¡Basta ya! ¿Vienes?

CAN.—¡Perdón, madre! Es lo mejor. (*Vase Adrián y Cándida. Doña Angelita va tras ellos hasta la puerta y los llama con desesperación.*)

ANG.—¡Cándida! ¡Adrián! ¡Oídme! ¡Cándida! (*En su infinito dolor, y casi maquinalmente, dispara. Se oye un grito de Cándida. Luego el golpe seco de un cuerpo que cae. Pausa. Doña Angelita, espantada de lo que ha hecho, no se atreve a moverse. Entra Cándida, demudada, deshecha. Se apoya en el quicio de la puerta y pregunta*):

CAN.—¡Madre! ¿Qué has hecho? (*Aparece Carlos, quien, sorprendido por la enormidad de la catástrofe, apenas dice*):

CAR.—¡Cándida! ¡Doña Angelita!

ANG.—¡Carlos! Te la robaban. Llévatela donde nadie la desee. Al desierto, si puedes. Donde los lobos humanos no codicien su cuerpo. Tú sólo la mereces. Aun es honrada.

CAN.—Pero. . . ¿Y tú?

ANG.—¿Qué importo yo? Fuí la pella de légamo que dió la vida al lirio. He cumplido mi misión. ¡Ahora, a la galera! ¡Al presidio! ¡Qué más da! Yo ya no soy nada. (*Señalando hacia donde se supone que está el cuerpo de Adrián.*) ¡Muerto el pecado, doña Diabla ha muerto! ¡Pero el ángel se ha salvado! ¡Bien pagada estoy!




UTL AT DOWNSVIEW
D RANGE BAY SHLF POS ITEM C
39 11 03 12 07 001 6